

P R O M E T E O

REVISTA SOCIAL Y LITERARIA

DIRECTOR: JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

AÑO II.

Madrid, Julio de 1909.

NÚM. IX

Colombine.



LOMBINE es una mujer inverosímil en esta tierra de mujeres á ultranza, de unilaterales, de burguesas y de etiqueteras literatas, no llamándose tampoco Petrakowna, ni Madamme, ni Lady, sino sencillamente Carmen de Burgos, así de espaflolescamente.

En ella está la iniciación de todos los temperamentos y el primer cuarto de camino de todos los destinos de mujer. Sabe contenerlos todos, sin resabiarse por ninguno. Esa sería su equivocación y es demasiado inteligente para ser una mujer histórica de un modo pasional ó inaudito. De aquí el fracaso de los que se aventuran considerando que por que está iniciado en su carácter cierto carácter, éste, sostenido y recto, tendrá la medida, la lógica y la terminación consabida. Nada más ageno á su carácter que esta cristalización. Las fanatizaciones y las desproporciones del carácter que ayer fueron egregias, hoy son primitivismos, errores de constitución, y rasgos caricaturales. Los caracteres concluyentes, circunferantes, y absorbentes, prohíben todas las otras iniciaciones de todos los otros caracteres.

Debido á esta peculiaridad de su espíritu, Colombine es Aspasia, y María de Magdala, es Penelópe, es Proserpina, á la vez que la Virgen María, es Elena, es Santa Genoveva, que se empobrecía por los pobres, es Frine y es Juana la

PROMETEO

cenobita; es María de Médicis, es Salomé que solicita la cabeza Yo'Kanaán, y es Herodiade—esa mujer de Fray Filipo Lipi—que la reconquista y en la catacumba, la cuida, la pufe, y la llora; es María Antonieta, y á contrapágina Carlotta Corday; es Nelly, que acompaña al forzado Dostofevsky y la pequeña Sonia que besa compadecida al asesino Rodión, y también en medio de todas estas mujeres tangentes y abordadas es esa *musmé* inabordable de Tokio que es la *Princesa de la primavera...*; es *puber é impuber*, frívola y solemne...

Y sin embargo no es ninguna de estas mujeres completamente, porque todas en su *consumación* tuvieron su defecto y su poquedad y su exclusivismo y su *servus sum*. Se escapa á todas esas idiosincrasias y vive de todas.

De esta rara coincidencia de caracteres proviene su espíritu facetado complicadamente y su extaticidad. Porque todos esos caracteres zanjados poco después de iniciarse, se resuelven en un éxtasis y en una serenidad y en un equilibrio abstemio y santo.

Ella dijo una vez una cosa que en síntesis es su diversidad:

—Muy bien ir un día á Casa de Próculo, y sentirse magníficos comiendo por una peseta en un zaquizami y sentirse pobrecitos y humildes y bohemios, pero después coger el automóvil á la puerta y ver al chauffeur sonreirse de la excentricidad...

Y no obstante ella es desprendida y es abnegada en perjuicio de ese H-P-40.

Trabaja mucho, espontáneamente, sin corregir, en su estudio de la calle de Serrano—un gran salón pintado de azul, que se abre á una azotea sobre el paisaje, cuyo telón de fondo es el Guadarrama—un gran salón cubierto de tapices *gobelinos*, tamizado el sol por vidrieras mirtinas representando escenas de Rubens, colgado de obras de arte, vaciados de Benvenuto, de Donatello, de Luca de la Robia, evocaciones de Pattinir, de Rodón, de Franc, iluminado por pensiles árabes, con bojes en las esquinas, bargueños, gárgolas, y un sillón abacial del siglo xv rematado en lo alto por una fina crestería, frente á una mesa histórica sostenida

por unos pies salomónicos. Este salón es como una extensión de su regazo y el ampara y acoge con un afecto más allá del bien y del mal, de las juntas de señoras, de los patronatos y del cariño que simboliza la matrona de bronce de la Equitativa...

Ante *Colombine* se piensa en que es injusta y es bárbara la ley Sállica...

Carmen, actualmente está terminando una novela que se publicará en octubre, bravía, campestre, recia, y un libro sobre Leopardi que aparecerá más tarde. De él, hemos desprendido este capítulo... Os conmoverá, como el libro porque sobre el poeta lamentable no ha hecho ninguna mujer un estudio intenso y largo, y estas apologías escritas por mujeres, consuelan y admiran sobremanera y son superiores á las de los hombres, porque cuentan con una demasía de recursos *máximos*, así en su labor de vitoreo, interviene la madre, la amante, la hermana, la hija, y la oficianta...»



Giacomo Leopardi.

POR CARMEN DE BURGOS SEGUI
(COLOMBINE)



A existencia de Giacomo Leopardi es triste, tristísima; tiene la melancolía de todas las vidas truncadas, el dolor infinito de esos seres á los que el genio besa en la frente al nacer para que su alma, agrandada y gigantesca, sienta todos los pesares de la injusticia, del dolor ageno, de la pequeñez y la miseria; y en sublime concepción de la belleza

PROMETEO

desgarren su corazón en armonías que ennoblecen á la humanidad y que escuchamos con el mismo regocijo que nos producen los arpegios del ruiseñor al que una aguja candente le atravesó los ojos para que modulara sus mejores cantos.

Giacomo Leopardi se me aparece como uno de esos bellos y minúsculos rosales que crecen en los jardines de artificio; un tallo débil, desmedrado, que se inclina al suelo con el peso de la enorme rosa que arrastra toda la savia; y se le vé doblarse, inclinado á tierra, luchando en vano por erguir su tallo y mostrarnos su belleza. Es después, cuando se seca y se marchita, cuando el viento piadoso esparce sus pétalos, cuando llegan á nosotros sus perfumes... con toda la tristeza de las cosas muertas; y entonces sentimos el deseo de reconstituir aquella existencia, de levantar aquella corola para que se inunde de sol, de envolver en amor y besos la planta sequeriza que pudo ser árbol lozano, y entre el suspiro de la impotencia y el homenaje de la admiración, plumas de artistas lloran su elegía al genio malgrado en la constante evocación de su vida y de sus obras.

Así se comprende que con todo lo que se ha escrito sobre Leopardi en los diferentes idiomas, hubiese materia suficiente para llenar un estante de la librería del soberbio Vaticano. En España le conocemos aún poco y mi alma, enamorada del genio, acomete esta obra digna del peregrino talento de un Ruskin ó de un Taine, ya que á falta de otras condiciones tendrá la de fidelidad y entusiasmo.

Es imposible dar á conocer á un autor, por la sola presentación de su obra, ni aun por la crítica filosófica de ésta. Se necesita el examen de su personalidad, del carácter que la produjo. Es preciso que veamos la mano que ejecuta. De otra manera el aroma del sentimiento se nos escapa, falta una condición esencial y necesaria

para que aquella alma penetre en el alma nuestra. Las soberbias estatuas de Miguel-Angel, que adornan los sepulcros de los Medicis en Florencia, las figuras admirables de las logias de Rafael en el Vaticano, la celeste cúpula del divino Goya en la pequeña ermita de San Antonio de la Florida en Madrid, perderían la mayor parte de su encanto arrancadas del sitio para que se crearon. La *Noche durmiente* de Bounaroti debe inclinar su cabeza contra el mármol de aquel sepulcro. Las grandiosas figuras de Sanzio necesitan encuadrar en los huecos que siguen los contornos de los muros vetustos para que podamos comprender su curvatura y sus posiciones, naturales allí, é inadmisibles si se las juzga aisladas del conjunto. Los ángeles morenos y las caras picarescas de las santas de Goya no se conciben sin el ambiente del Manzanares y de la vieja Monclova. Las ruinas de Pompeya y Roma necesitan del dosel azul del cielo de Italia.

Por eso analizar la figura del artista no es un vano capricho de la crítica moderna. Necesitamos conocer la planta para apreciar sus flores.

¿Pero qué es el artista? ¿Qué es ese pobre rui señor ciego que agoniza en sus canciones? ¿Cuál es la naturaleza de ese perfume divino que nos embriaga y se pierde dejando su esencia entre nosotros? ¿Qué es ese triste ser admirado y vilipendiado que la multitud alza con honores de rey mientras pone en su cruz el *inri* y la corona de espinas en su frente?

Cerremos hoy los oídos á la ciencia de los materialistas que lo traten como un desequilibrio del cerebro, aproximado á los caracteres de la parálisis progresiva. No escuchemos tampoco el acento seductor de los románticos para pensar en una encarnación del verdadero *Christna*; veamos sólo el producto de una materia más selecta, más pura; la feliz congregación de átomos que lucharon, quizás con consciencia durante muchos

PROMETEO

siglos para encontrarse, y que se desenvuelven entre el ambiente de una época, de una sociedad, con los atavismos de que no pueden sustraerse y los anhelos de bien y de justicia que vislumbran en lo porvenir.

Así, de la misma manera que para sentir la obra es preciso conocer al artista, para juzgar á éste se necesita el estudio de su época, las condiciones generales de su familia y de la localidad en donde se forma y las circunstancias especiales que constituyen su naturaleza, su carácter, siguiéndole en sus manifestaciones entre las vicisitudes de la vida.

Para comprender así una figura hay que pensar siempre en ella, enamorarse de su espíritu, amarla y respirar en aquella atmósfera en que ha vivido. ¡Cuántas veces hay deseos de llorar, de dar un grito cuando en un momento, en una circunstancia favorable, se vé aparecer la lejana estrella que puede guiar al puerto de paz y de ventura... y luego alejarse... perderse entre la bruma, dejando en el corazón del desterrado el dolor de un desencanto más. Unas veces es el beso de la madre que puede hacer brotar la fuente de la ternura... otras veces un amor purísimo ofrece bálsamo consolador para los ensueños del ideal; en ocasiones un poco de tranquilidad material en la vida permitiría el reposo y la satisfacción de la necesidad imperiosa de crear formas bellas que atormenta al artista, y aquello que sería la felicidad, que sería la realización del sueño pasa al alcance de su mano... puede detenerlo y se aleja... se pierde! El artista ha estado ciego ó la vulgaridad de los otros seres no ha sabido verle á él.

Hasta que la fama le proclama con sus sonos no se le conoce, y entonces sus ecos resuenan en el corazón martilleándolo con el tormento del vacío en que no pueden vibrar. La gloria y la adulación son para los desdichados una mueca burlona de la suerte, que ni les satisface ni les embriaga. El aplauso es para el genio.

que vé la pequeñez de lo que lo producen, aleteo de moscas. No pensemos que el artista crea para nosotros, no; sólo puede satisfacerle su propia adoración consciente, crea por egolatría, y de aquí, de verse siempre solo, nacen su goce y su tormento, se eleva y se consume en una lucha sorda y potente. Las flores de su ingenio que arroja á la humanidad, constituyen el legado que nos ennoblece.

Leopardi fué siempre desdichado; ni encontró satisfacción al amor que irradió de su ser, ni á su egolatría de Dios; pronto le seguiremos paso á paso en su triste vida solitaria; veremos los pies sangrientos del caminante detenerse en pequeños oasis, pero ninguna mano restañaría sus heridas... si se acerca á sus lábios la calabaza llena de agua cristalina se le retira antes de que satisfaga la sed... Pobre •

«solitario y eterno peregrino».

Su desdicha vá más allá de la tumba, de aquella pequeña tumba ante la que yo me estremecí un día en el incomparable Nápoles, cerca de los famosos campos ardientes, teatro de la epopeya de Homero, donde Virgilio colocó la entrada de su infierno, donde Petrarca plantó un laurel en el sepulcro del inspirador de Dante. Allí, en el vestíbulo de la pequeña iglesia de San Vital, está la tumba de Leopardi, construida á expensas de su amigo Renieri y declarada monumento nacional por el estado italiano. Como en vida ningunos brazos amorosos le ciñeron ni regazo maternal le brindó descanso, así esa falsa madre espiritual inventada para alhagar á los imbéciles con la mentira del descanso eterno no quiso recibir sus despojos. La Iglesia católica ha rechazado á Leopardi; su tumba está fuera de sus muros... ¡Ha hecho bien! ¡Es demasiado pequeña para el gran poeta! Así calienta su sepulcro el sol; llegan á él las emanaciones del mar y lo alumbran las estre-

PROMETEO

llas con su luz pálida. Tal vez de noche, su amada la Luna viene á contarle las historias de amor recogidas en la floresta y penetra con sus rayos fríos hasta el polvo de sus huesos.

Allí por su abandono amé á Leopardi y recorrí en peregrinación los sitios santificados por su presencia. Sentí en Recanati la tristeza del vate inmortal y la dulzura de aquel amor á Silvia que iluminó la infancia sin cariño. Pesó sobre mis hombros la serenidad de aquel palacio... la vetusta frialdad de la biblioteca. Vi á mi adorado poeta marchitando una vida juvenil en aquellos volúmenes inmensos; contemplé con dolor el enfermizo cuerpo entre el aborrecible hábito de clérigo y le admiré gigante romper con voluntad de Dios su esclavitud y correr desgarrándose el alma un mundo que no podía conocerle. Lo seguí á Bolonia, á Roma y á Nápoles; contemplé su agonía en aquella casita del pie del Vesubio donde escribió la *Ginestra*, y después, yo que no doblo las rodillas ante las divinidades, volví á besar de hinojos la losa fría frente á la cual otra sencilla lápida conmemora el sitio que la tradición da por sepultura á Virgilio. Entre aquellos sepulcros, separados por tan poco espacio de terreno, se esfuman los siglos para unir los espíritus del mundo antiguo y del mundo moderno. Me indigné nuevamente contra la ciega naturaleza que así puede destruir los cerebros en cuyas células vive el genio. ¡Ah! No puede ser sólo un montón de polvo aquella esencia divina que les animó. Siguen viviendo, palpitan, los sentimientos y los amamos y la clarividencia de nuestro amor nos hace oír la voz misteriosa que sale de la tumba.

Para realizar mi ensueño de escribir un libro sobre Leopardi he tenido que leer y estudiar durante tres años sus obras y libros y mamotretos escritos sobre él. ¡Qué pocos le han comprendido!

¡Cuántos señores tomaron su nombre para mostrar-

se originales ó eruditos en su modo de juzgar! ¡Hay obras de autores comerciantes que explotaron el nombre venerado para vender insulseces!

Poeta de dolor y muerte hay en sus cantos dulzura y consuelo de alma superior que conoce *l'infinita vanità del tutto* y concibe la muerte, no como esa vieja de feroz guadaña que aterroriza á los devotos, sino bella, joven, compañera inseparable del amor, brindando el descanso y el olvido entre sus brazos de rosa.

«Bellissima fanciulla
dolce á veder, non quale
la si dipinge la cobarde gente.»

Engendrada á un mismo tiempo que el amor y que

«...Ogni gran dolore.
Ogni gran male anulla.»

¿Cómo habrán los timoratos de no indignarse contra el que borraba el miedo al espantable y explotado misterio de la muerte?

Su criterio ha prevalecido en muchos inconscientes ó serviles críticos y se cree á Leopardi un ser de espíritu enfermo. Nada más lejos de eso. En su cuerpo endeble hubo un alma de gigante que dió gritos de rebeldía, fuertes, enérgicos, tan demoleedores que aún hoy hacen bambolearse el edificio de las viejas supersticiones. Si cantó la muerte, es porque muerte llevaba en el alma. Pero una muerte amada como el Nirvana; la visión dulce del eterno reposo.

Si no queréis morir no leed á Leopardi en esas convulsiones de la existencia en que parece que todo se derrumba á vuestros pies y el corazón se revuelve con olas de desesperación dentro del pecho, porque sus libros os dirán que soportar el dolor es cobardía católica y que el hombre tiene derecho á descansar.

...¡Veréis tan seductor pintado por Leopardi ese

PROMETEO

descanso eterno! La bella muerte nos dá en la agonía el beso de una voluptuosidad suprema... ella no miente... y dormimos siempre un sueño sin dolores ni ensueños. Sin la pesadilla de un infierno ni la ficción de una gloria.

Pero leed á Leopardi cuando estéis serenos. No veáis el desconsuelo de las cosas que son, sino la pequeñez de los espejismos que al vulgo le parecen grandes; os haréis una filosofía superior, sabréis tener el desprecio del perdón, la tolerancia para todas las faltas y el encojimiento de hombros para todos los dolores... Ambiciones, ofensas, traición, toda la ola del embate de las pasiones malas se estrellará á vuestros pies lamiéndolas mansamente como el agua del mar á las rocas inquebrantables... ¡Es tan hermoso navegar á la vista del puerto!... En el océano de la vida, la bella Muerte os ofrece playa de flores...

Sabedlo entender y no será malsano: de un libro suicida haréis un libro de vida eternal.



La crueldad ambiente.

POR ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

¡Tenía sed del placer de cuchillo!
NIETZSCHE.—*Del pálido criminal.*



O tengo un amigo, Melitón de nombre, que padece la lamentable debilidad de creerse filósofo y observador. A lo de filósofo da un mentís tomando en serio cuantos triviales sucesos interrumpen sus disertaciones platonianas.—¡Ay de la vendedora de amor que le aborda cuando habla de la Caverna del divino Platón!—y á lo de observador...

Pues bueno: es el caso que una noche dimos él y yo con nuestros huesos en el circo para recrear nuestro ánimo con los ejercicios olímpicos-bufonescos que allí se exhiben para solaz de mamás aburridas, niñas casaderas y donjuanescos galanes, y mientras él meditaba, yo observé.

La primera observación que hice, fué que la función era de las llamadas «de moda», amable pretexto para la exhibición de galas y preseas. Separado de Ayala y de Don Melitón por infranqueable barrera de butacas, mis ojos escudriñaron los palcos buscando uno donde refugiarme; entre la apretada hilera de mujeres bonitas

PROMETEO

hube de distinguir á una pequeña amiga mía en la que siempre he creído hallar cierta filosofía no artificiosa como la de Don Melitón, sino inconsciente y primitiva. Refocilándome con la perspectiva de un rato de agradable y substanciosa plática, me dirigí á saludarla.

Mi amiga es arrogante, con arrogancia un poco cocotesca, y tiene ojos galanos que reverberan en la obscuridad bajo la malla cobriza de sus cabellos. Con su sombrero á lo Duquesa de Debolgaire y su redondo escote, en que los azabaches negros hacían resaltar la blancura azulada de la piel, estaba muy bella. Me acogió amable, sonriente. Pero ¡oh dolor! aquella noche una frivolidad graciosa parecía presidir todas sus palabras. Y mientras abajo en la pista, los elefantes han asombrado á los buenos burgueses con su singular habilidad; mientras los payasos, siluetistas é ilusionistas han realizado sus trabajos, ella ha pasado revista á los tocados de sus amigas, teniendo para cada una, una frase feliz, una crítica punzante. Después me ha contado las últimas murmuraciones, las anécdotas picantes que circulan por ahí, después... después ha quedado silenciosa. Y yo que embebecido con su charlar he dejado de atender al espectáculo la miro á ella y luego miro á la pista. En el espacio de tiempo que ha durado nuestra conversación, los criados del circo han tendido una red. Arriba en elevadísimo trapecio, tres hombres luciendo bajo las apretadas mallas de color violeta su recia musculatura, balancean sus cuerpos—carne de circo—sobre el abismo. He vuelto mis ojos hacia ella interrogante y he visto en sus pupilas verdes y profundas como remansos de río caudaloso una fosforescencia tan sombría; bajo el duro arco de sus cejas y en sus labios rojos y carnosos en que el mohín disimula la sensualidad un pliegue tan duro; oprimía su mano cubierta de anillos el terciopelo rojo del antepa-

cho con una crispación casi espasmódica, que por un instante he tenido la intuición de que aquella mujer, sin darse cuenta, estaba asesinando con la voluntad al infeliz acróbata, más sañudamente que pudiera hacerlo con el cuchillo ó el puñal. Miré en torno á mí, y por doquiera la misma ansiedad cruel disimulada por la voluntad traicionada por los nervios.

Deseoso de olvidar la sádica impresión adivinada, he prestado atención á lo que en el palco fronterero hablaban dos jovencitas, mejor aún, dos niñas, blonda la una como angel de Murillo, morena la otra con andaluz gracejo. Versaba su charloteo sobre los toros de aquella tarde y ambas sentíanse horrorizadas por el sangriento espectáculo de nuestra fiesta nacional, pero á la vez, deteníanse con una insistencia tal en los cuadros de espanto, que al través de sus palabras creí percibir el acre olor á la sangre que había puesto momentos antes sus purpúreos reflejos en los ojos verdes de mi amiga.

Salí á la calle. En derredor de dos chiquillos que reñan, habíase agolpado harapienta multitud, azuzándoles con sus soeces dicharachos, y allá en la esquina una vieja pregonaba con aguardentosa voz.

¡*La Correspondencia*, que viene buena, con el relato del crimen de un asistente!

¡En todas partes, entre los de arriba como entre los de abajo, la misma obsesión sangrienta!

Por eso cuando en calle obscura una moza de partido ha salido á mi encuentro como al de Don Melitón, no la he rechazado brutalmente como él, para seguir hablando de la caverna del divino Platón, sino que apartándola suavemente, he seguido mi camino pensando en la suerte de esa criatura, carne de presidio ú hospital.



El Poema de las Salamandras,

los Silfos, las Ondinas y los Gnomos.

POR FRANCISCO VILLAESPESA

A Mario Rojo de Luna.

I

LAS SALAMANDRAS

¡Salamandras!... Rescaldos de la hoguera encendida
dentro de los profundos cráteres de la Vida,
y en la entraña del Hombre,
por las manos de Aquél
que da al áspid veneno y á los rosales miel...

Sois las chispas de oro
que arranca del metal
creador é inagotable, sobre el yunque sonoro,
para forjar las vidas, el martillo inmortal...

Vestidas de rubíes, lívidas, desgrefñadas,
corréis con el incendio que abraza las florestas,
y sobre las ciudades malditas entregadas
al furor del pillaje en las noches funestas.

De vosotras, la ignea paloma aprendió el vuelo...
Ensangrentáis el claro terciopelo del cielo

entre los humeantes penachos del volcán...
 y, ebrias de primaveras,
 danzáis, raudas, en torno de las rojas hogueras
 bajo un claro de luna, la noche de San Juan.

Sois la acción. Sois la Fuerza, ciega y desordenada;
 la chispa que ilumina y la fiebre que crea...
 Todo se enciende bajo vuestro ligero pie...

Por vosotras el héroe, desnudando la espada
 y señalando un vértice, dijo á los Siglos:—¡Sea!..
 ¡y por vosotras fué!

II

LOS SILFOS

¡Oh, Silfos! Invisibles mensajeros astrales...
 Surgisteis de los labios del Supremo Hacedor
 para animar el mísero barro de los mortales
 con los mismos impulsos del Eterno Creador.

Por vosotros la frente que la fiebre consume
 se refresca en las noches serenas, y reposa...
 La Vida es una rosa,
 y vosotros á todos les lleváis su perfume!

Atravesando el viento,
 desde los misteriosos palacios siderales
 trasmitís á los míseros mortales
 la sávia del divino pensamiento...

Y por vuestro contacto conocemos
 y en vuestro ténue soplo presentimos
 las cosas que no vimos
 y las futuras que jamás veremos.

Sois la palabra incógnita y secreta
 que murmura el silencio en el oído
 del pálido poeta
 cuando interroga lo Desconocido...

Esa palabra que al romper su velo

PROMETEO

es una Anunciación, predice un cielo
y nos abre las puertas de la Inmortalidad.

¡Por vosotros las sombras huyen avergonzadas
y la luz nos penetra, porque sois las miradas
de la Eterna Verdad!

III

LAS ONDINAS

Ondinas,
copas divinas
para lábios sedientos,
frescura de las carnes y de los pensamientos,
de las cosas y de los seres...

Espejos de la gran Naturaleza...
Por vosotras hoy tienen noción de su belleza
los lirios y los cisnes, estrellas y mujeres.
¡Vuestro ritmo de oro, de plata y de cristales
reproduce las músicas astrales,
esa música armónica y sin nombre
como el lento girar de las esferas,
en las siringas de las Primaveraes,
amansando bárbaros pensamientos del Hombre
y humanizando el trágico instinto de las fieras!
¡Sois la esperanza que conduce al puerto.
á los humanos náufragos, y el ensueño de todo
cuanto bajo la asfixia de un ciego sol de plomo
atraviesa el desierto!

Fuente, serena fuente
en los verdes oasis... Bebamos, peregrinos...
¡Es la Vida quien canta en el cristal corriente
que alegra las tristezas de todos los caminos!
Son bellas las Sirenas, flores del mar, corolas
de amor, cuyo perfume es lúbrico y ligero...
¡Rompe tus ligaduras del mástil, marinero,
que te esperan sus brazos abiertos en las olas!

Ondinas,
copas divinas
para sed de la Naturaleza...

¡Por vosotras la Virgen queda inmóvil y muda
al ver en el espejo la aparición desnuda
de su propia belleza!

IV

LOS GNOMOS

¡Patriarcas risueños de la barba florida,
que guardáis á la luz de las linternas
en las profundidades de lóbregas cavernas
los tesoros ocultos de la Vida!

Gnomos, obreros mágicos que afianzáis los cimientos
del Alcázar gigante de la Tierra,
para que no lo arrase el furor de los vientos
ni lo derrumbe el fuego que en su interior encierra
igual que un peligroso prisionero de guerra!

El grano por vosotros se convierte en espiga...

Dáis pan á los hambrientos...

¡El Señor os bendiga
por vuestros buenos sentimientos!

Tenéis arte de arañas y paciencia de hormigas.

¡El Universo es vuestro hormiguero

y en él acumuláis vuestro tesoro!...

Dáis á la novia la sortija de oro

y su escudo y sus armas al guerrero...

V

SÍNTESIS

A los ojos del Héroe la Verdad está rendida
de amor: la Tierra, el Fuego, las Aguas y los Vientos,
los puntos cardinales de la Vida...

¡y es el Hombre la síntesis de los Cuatro Elementos!

Problemas del porvenir.

POR ANGEL LAGUNA

JUSTICIA EUROPEA

ESVANECIÉNDOSE cada vez más el *reino de la mentira* en que hemos vivido hasta ahora, (mentira tomada por verdad terrena y celestial entre el grueso del rebaño humano), el cuidado escrupuloso de la justicia es de suprema necesidad actual en Europa. No nos referimos á las otras partes del mundo, mucho más atrasadas, en fases humanas anteriores, porque allí no existe aun ese vacío que hay que llenar imperiosa y rápidamente, ese apagamiento de los ideales que sirvieron de freno á las sociedades antiguas y que pudiera provocar una catástrofe universal dada la estulticia ambiente.

Budha, Confucio, el ídolo negro, el animal sagrado, anteriores al moderno Jesús, y que amenazan sobrevivirle, hacen aún su papel de regidores de conciencias, directores de la paz social, ejes del concentrado movimiento colectivo. Por falsa que sea una idea, respetada por todos, realiza papel más importante que la verdad. La verdad desconocida tiene el valor de la moneda fraccionaria.

Claro es que cuanto digamos de Europa será aplicable á aquella parte de América que puede considerarse como su prolongación, por encontrarse en igual estado de cultura; pero no es preciso cambiar el epigrafe, cuando no hemos de hacer un inventario minucioso de pueblos, tanto más cuanto que entonces tendrían que desaparecer por su incultura fanática algunos Estados europeos. Y después de estas advertencias preliminares, entremos con nuestra ruda lealtade en el tema.

Europa culta es *descreída*; sólo la cultura con deslumbramientos ancestrales, cree, ó á lo más duda. No niego, pues, la buena fe de muchos católicos, protestantes y judíos; para ellos la venda de la fe que no quieren ó no pueden quitarse, les hace desconocer la verdad; aun sus hijos, por su influencia *creerán*, dadas las leyes de la velocidad adquirida, del medio y de la herencia; pero ya sus nietos, dominados por el ambiente general sentirían el descreimiento para las fábulas de la moderna mitología, con la misma intensidad que nuestros antepasados lo sintieron para la antigua. Hoy por hoy es tal el número de los descreídos más ó menos encubiertos que pueblan Europa, que constituyen ya *mayoría*.

Y la necesidad de una justicia fuerte, en el sentido más racional de la fortaleza, es imperiosa. Desaparecidas castas, clases, grupos, linajes, familias artificiales. Reyes azules, aristocracias, plebes, fundida la masa humana en un nuevo caos, exige nuevo sol y nuevo planeta; sangre azul y sangre roja se han confundido, y ya se vé muchas veces, la roja arriba, la azul abajo; porque una sola división rudimentaria, feroz, siniestra, se ha establecido de pronto para agravar el conflicto y precipitar la catástrofe, si la razón no enfrena los egoismos; esa división funesta es la de *ricos y pobres*. Los ricos aún se escudan, pero con hipocresía, por

PROMETEO

pura conveniencia en los antiguos principios, invocando *religión, justicia, honor, otra vida, ejército, monarquía...* como el que canta ya coplas vacías para espantar el miedo del camino. La fe sincera en todas esas antigüallas sin contenido, sólo existe en algunos cerebros fosilizados, donde la luz no puede hacerse de modo alguno. Los pobres viven en una fermentación de odios, sumidos en bestiales fanatismos, ó en ateismos no menos bestiales y groseros.

Entre los ricos pululan hombres mediocres, de alma fría, descreídos, que defienden la *conveniencia* de la religión para enfrenar apetitos, y un Estado militar para defender la Religión; suprimidos ese fantástico cielo, que según dijo tristemente el poeta moderno:

...ni es cielo ni es azul,

y el no menos absurdo infierno, creen esos míopes que la lujuria y el crimen se entronizarían; para ellos el que no cree en sus ya pueriles fantasmas, es un malvado. La idea del bien sin premio es para esos horteras de la otra vida, inconcebible; toda ha de tener precio. Y aparte de que la farsa *confesada* es infame, resulta absurdo que sirva de eje á la dolorida humanidad la idea de que los hombres son buenos ó malos por los premios ó los castigos, como los cuadrúpedos de Circo ¡Es que vamos á descansar en esa doctrina de 1900 años de vida, prescindiendo de la humanidad que habitó el planeta durante los 10.000.000 de años anteriores! ¡Reduciremos á 19 siglos la historia del hombre! Perdonemos á los que aún creen, pero maldigamos á los que sin creer quisieron edificar la sociedad sobre una superchería premeditada y conocida.

No; basta ya; mientras destruimos en la inmensa masa gregaria esa peligrosa creencia de que sin el freno de las religiones nos convertiríamos en bestias feroces, construyamos ese otro freno de la justicia, doloroso

como todo freno, porque nos habla de animalidad para hacer frente al período de transición y de disturbio, á la confusión de las conciencias, á los crímenes que origine esa sugestión.

Las multitudes proletarias, cada vez más descreídas, deshonradas y humilladas tantos siglos, sueñan con la revancha; no parecen tener otra finalidad social que la satisfacción de feroces apetitos, jamás saciados hasta ahora. Hay como un ideal de venganza en las frentes de esos esclavos. Y hasta que ese furor del débil que se encuentra repentinamente dueño del amo cruel, no se calme, el freno es indispensable. La justicia *administrada* en un primer período, *practicada* espontáneamente por todos en un segundo período, dividirá la historia futura en dos edades. Iniciamos ya ahora la primera, la de la justicia aún *coactiva* y con órganos sociales, á la que ha de suceder la voluntaria y espontánea, la recíproca y sin órganos, el Dios futuro, que no empecerá á la existencia de otro Dios ultraterreno, no vislumbrado todavía.

Hablamos tanto de religiones porque es un concepto todavía íntimamente ligado con el que venimos estudiando. La justicia de ayer se vanagloria de orígenes divinos y repercusiones ultraterrenas, y hay que desvanecer esas fantasmagorías para que el hombre respire á sus anchas por primera vez, viendo el principio y el fin de cada problema al alcance de sus ojos de carne.

Y ocupémonos ya más directamente de la actual justicia europea. Doloroso es confesarlo, pero no está aún en condiciones de ser el eje de la vida social; tanto por su falso sustentáculo divino que la adultera, cuanto por su concepto científico y práctico, es un convencionalismo, una farsa más; sus conceptos jurídicos, públicos y privados son mezquinos y egoístas, dignos de las protestas de las masas. *La justicia es todavía la ley,*

PROMETEO

no es un concepto propio. ¿Y qué es la ley actual? Algo que en la sociedad no ampara á *los millones*, sino á *los millares*; se legisla para una *elite*; salva su propiedad de todo ataque y hasta de toda transformación... ¡propiedad de que no goza ni gozará jamás con la actual organización el rebaño de *millón*, sino el de *millar*! Reglamenta hasta la sociedad familiar con la mirada puesta en los ricos ó á lo más en los burgueses; para ellos solos, tutores, consejos, testamentos, donaciones, ventas, administraciones, pleitos, escrituras, Registros... ¿Es aplicable ó aprovechable nada de esto para huérfanos, viudas, padres, ó hijos incapaces de obreros? ¿Se ocupa acaso el Código civil, que debe ser común, de todos estos miserables? Esa abrumadora mayoría humana vive, pues, *fuera de la ley*, y si toda la justicia es la ley, vive *sin justicia*. Entre la cría de un caballo y la del hijo de un obrero no hay diferencia, como no sea en favor del cuadrúpedo. De uno y de otro sólo cuidan la conveniencia ó el interés, la caridad ó algún corazón aislado. Cuando falta el interés sólo quedan el hospital, el asilo y la fosa común para los unos, el matadero ó el estercolero, para los otros.

Esto no es, esto no será la justicia futura.

Y si seguimos analizando todos los radios de la justicia histórica, seguiremos comprobando que son cortos, que sólo trazan un círculo ruin, dentro de cuyo perímetro caben únicamente aquéllos á quienes suena el bolsillo... Contratos... ¿se concibe uno sólo que no valga dinero? Sufragios políticos; votan ciertamente hasta los pobres, pero votan á los ricos, únicos que pueden desempeñar cargos honoríficos y gratuitos. Votan los pobres ciertamente, pero en toda Europa, fuera de Francia y Suiza, comparten su soberanía con una familia de derecho divino, que por la *gracia de Dios*, se arroga un privilegio eterno é inviolable, anterior y superior al de la urna electoral, que no ha salido de

allí, que no tiene allí su matriz, porque la urna no será aún, como debía ser, la única matriz de toda soberanía y de toda autoridad. Y fuera de ese voto, sin sustantividad, el pobre vé que todos los puestos gratuitos y retribuidos son para los de arriba, para los que viven dentro de ese círculo pequeño trazado por el radio ruin de una justicia de clases... ¡Códigos proletarios! Ni uno sólo; algunas migajas que eviten el prematuro estallido de una cólera sorda y secular, contenida hasta ahora por ese escamoteo de la verdadera justicia, que se llama justicia *de otro mundo*, en la que cada vez esperan y creen menos gentes.

Es preciso un concepto de la justicia independiente, de toda ley positiva, que abarque á toda la humanidad, y á su lado, leyes, que, no teórica, sino prácticamente, regulen el derecho hasta del último mendigo.

Y al lado de tanta ley de privilegio, vicios de organización en el personal encargado de la augusta función de dar á cada uno lo suyo, que por sí solos harían imposible toda justicia. Ascensos de favor ó de estúpida antigüedad conceden á los menos aptos los más delicados puestos; su dependencia de gobierno, (este despotismo con hábitos modernos), sigue poniendo el éxito en manos de los poderosos. No ya la disputa entre el rico y el pobre, sino la lucha entre dos pobres, la deciden á su arbitrio los ricos. Y no se prevarica por dinero; es el abogado influyente el que recibe el oro, pero los falladores prevarican por la colocación del hijo, por el adelanto en la carrera, por el miedo á la persecución, por la mujer, por la amistad... Créese que todo esto no desdora, cuando se presenta oculto, indirecto ó hábilmente; y el mismo que se indigna aquilínamente por el ofrecimiento de dinero, se rinde ante la carta con timbre de poder; se paga el servicio, con el honor ó la propiedad ajenos. Hace falta que la conciencia de todos consi-

PROMETEO

dere tan repulsivo inclinar la balanza con un poco de oro ó con unos kilos de gratitud; la lepra es lepra siempre.

Lo que dijo Max Stirner de la justicia alemana hace 60 años parece escrito para Europa.

Hay que declarar independiente el Poder judicial de un modo positivo; regular ingresos y ascensos por aptitudes evidenciadas en cada caso; pagar con esplendidez; separar á los Ministros de los bufetes.

EN ESPAÑA

Recordad la aritmética para hacer una elevación al cubo.

Devorados nosotros por la *beateria* en todos los órdenes de la vida, sería irracional suponer que se salvaba uno sólo del contagio. Sin negar que existen espíritus rectos, inteligentes, incorruptibles, tenemos que afirmar.... lo que no podemos afirmar sin responsabilidades. Sólo añadiremos á lo dicho para Europa, que si en los demás países los Gobiernos lo son casi todo, aquí lo son *todo*. Si en ellos, pagando mal al personal, se les da mil, aquí se les da ciento; si allí carecen de libros útiles las bibliotecas de los Tribunales, aquí los Tribunales carecen hasta de local de bibliotecas... Y aquí el nivel medio de cultura es vergonzoso. Las ideas de la Edad media predominan *d traición*, por decirlo así, pues muchos no se dan cuenta de que son víctimas de prejuicios ancestrales, que petrificó en sus cerebros, el enervante y antiprogresivo catolicismo. Ora se disfraza el prejuicio en el *respeto que se debe á las ideas ajenas*, ya en el miedo á lo que *había de sobrevenir* con los avances proletarios, ora en la necesidad de *con-temporizar* con lo que piensa la mayoría, ya por últi-

mo en la conveniencia de *adaptarse* para no vivir sin dinero, sin paz, sin familia... Y flotando por encima de todo el miedo supersticioso á la otra vida con ser esta fantástica, atavismo que como la túnica de Deyanira sólo podemos ya arrancar los de la presente generación, con nuestra propia piel. Pensando en tantas dificultades y en lo irrealizable de esta empresa de ayudar á remover obstáculos para un efectivo progreso humano, no sé á cada momento si estas cuartillas como tantas otras, irán á la imprenta ó al fuego.

¿Por qué preocuparse de la justicia y de la necesidad de asentarla sobre sólidas bases, cuando está tan lejos, no ya el ideal, sino la desaparición preliminar de esa estúpida modorra, originada por las mentirosas visiones de la otra vida?... Pero no es lícito dejar de andar, porque el camino es largo; de otro modo la distancia, con ser larga, se haría infinita, y no llegaríamos nunca. Conviene pensar que el movimiento europeo es un mar que nos inunda, haciendo la transformación menos lenta de lo que presumimos. Más que el trabajo propio, es el ageno el que nos salva. La ley del nivel y el horror al vacío completarán la obra. Todo conspira á descatalogar y á desencantar este país dormido y sobrio á quien hacen soñar diariamente con el cielo y la pobreza, los sucesores de aquellos hebreos que en su horrible desierto sólo tuvieron miseria y cielo... ¡Pobres víctimas de la doctrina cristiana que no cambia sus leyes ni sus reglas, petrificada, por creerse audazmente en la posesión de la verdad eterna aunque legiones de sabios hayan probado hasta sus grandes errores históricos y sus enormes plagios! Los que se creen en posesión de lo inmutable, prohíben adelantar un paso.

Códigos, leyes, Tribunales, todo está contaminado, mansa epidemia prodigiosa, que sin matar á los individuos ha matado á la raza. Vivimos en la redoma de un fraile, y sólo un esfuerzo desesperado, despreciando

PROMETEO

las contemporizaciones famosas, que perpetúan los abusos, romperá el vaso; el famoso *lessez faire* de la revolución de 1868 multiplicó los conventos, y la lepra del jesuitismo ha reaparecido pujante, haciendo nuestra época inferior á la de Carlos III. Hoy los indultados generosamente, se levantan altaneros con la riqueza de los imbéciles á sublevar al pueblo en contra nuestra.

Destripemos con demostraciones los libros llamados *santos*; desmenucemos dogmas, doctrinas, metafísicas, teologías, sin injuriar ni enfurecernos; acabemos con la fe irracional, con el misticismo, con todas las vesanias que deforman el pensamiento, fría, serena, analíticamente, sin enfemismos; termine la autoridad de esos libros, más respetados que leídos; que no padezcan nuestros desvaríos, sugestionados por bribones, idiotas ó fanáticos. Aprovechemos la escasa libertad que se goza, mermada por la incuria y las contemporizaciones, para evitar el horrendo retroceso que provocará una catástrofe en que perdamos hasta nuestra nacionalidad...

Inundemos España de libros modernos, é inundemos Europa de españoles. Abriendo muchos canales, las aguas indígenas recobrarán el nivel europeo. Solos ó acompañados, perseguidos, aplaudidos, laboremos siempre.

Ataquemos los Códigos romanistas y anticuados en el terreno legal, disparemos contra la Constitución pidiendo su reforma, borremos de todas las leyes todos los resabios religiosos. No debatamos ya la existencia de un determinado Dios, que habló á estos ó á los otros visionarios, que paró soles ó enrolló los cielos como petates... no perdamos el tiempo, lancemos á extramuros esas cuestiones ociosas; limitémonos á no tolerar que cuando se hable de los pueblos, de su bienestar económico, de sus derechos y de su organización,

mezcle la teología sus vaciedades; laicismo absoluto en todas las relaciones del derecho público y privado.

Hoy toman pretexto de la Constitución que mantiene sin explicaciones un culto determinado, los Códigos y los sacerdotes rabiosos de ese culto para cerrar el paso á todo progreso y á toda idea adversa. El sagrado monopolio perpetúa por el castigo una creencia, atribuyendo á milagro lo que se debe al fuego y á los calabozos de la serie de Constantinos que han esterilizado el pensamiento humano en la tierra.

Ha llegado el momento de la igualdad entre el que cree y el que no cree, entre el que adora á Dioses que mueren en las cruces, y el que adora verdades inmortales. Propaguen todos sin Códigos ni espadas lo que consideren justo, y triunfe el que convenza. Mientras la sugestión religiosa enturbie toda noción racional de justicia, *no la habrá*; hay que romper el sortilegio, aniquilar también el derecho romano para que no sigamos viviendo con las reglas, usos y costumbres de hace treinta siglos. Obedecían los preceptos romanos á una concepción bárbara de la vida militar rígida, con esa rigidez de los dibujos infantiles. ¿Cómo un derecho basado en un régimen de amos y esclavos, cuando ya unos y otros desaparecieron; en un régimen familiar con facultad de vida ó muerte, hoy inconcebible, en un régimen en que sólo tenía personalidad el ciudadano de Roma, cuando hoy todo hombre es ciudadano del derecho; en un régimen que dependía del augur sacerdotal, cuando hoy no se atiende ni á las entrañas ni al vuelo de las gallinas para la eficacia de los actos legales; en un régimen que al relacionar al hombre con la tierra santificaba el *jus abutendi*, que hoy se reputaría escandaloso, puede ser aplicable á las modernas sociedades? Basta ya de derecho romano, supersticioso, brutal, anacrónico, expulsado de casi toda Europa. Lo inconcebible es que España no sacuda esa roña; verdad

PROMETEO

es que derecho canónico y derecho romano son sinónimos, y vivimos bajo la dominación canónica.

Es preciso ya que la tierra sea libre, sea de todos, como el aire, como la luz, como el mar, condenando la doctrina romana que la hacía esclava de unos cuantos ricos, en medio de la espantosa miseria general...

¡A dónde vamos! No lo sabemos aún...

Sólo sabemos de donde queremos salir: del *reino de las mentiras*, donde jamás, ni antes ni ahora, ni después, pudimos ni podremos edificar nada sólido.



Breve discurso de introducción

á un tratado de Tauromaquia.

POR CIPRIANO RIVAS Y CHERIF

 ENGO para mí que una de las más nobles artes de cuántas los hombres inventaron para su mayor gloria es aquesta de lidiar toros, y si alguna puede entrar en digno parangón con ella, es la divina ciencia por la cual Terpsícore tiene asiento en la inmortalidad, merced á sus pies maravillosos.

Yo quisiera que mis palabras fuesen elocuentes y graves como corresponde á la alabanza de tan grandes héroes que en tiempos distintos asombraron al mundo con sus proezas en tierra de España, cuyos nombres jaranescos y jocundos guardan el espíritu antiguo de raza; nombres para ser escritos con caliente sangre de toro: ¡Romero y Costillares, el inventor de la estocada á volapié; Joaquín Rodríguez, Paquiro, Montes, maestro de maestros; Pepe-hillo, El Chiclanero, Frascuelo, Lagartijo maravilloso; El Gordo, Rafael Guerra, El Espartero trágico; Reverte, Mazzantini, Antonio Fuentes llave de oro del puro clasicismo taurómacol...

• Pero ya que Dios Todopoderoso no tuvo á bien ador-

PROMETEO

narme con la severa majestad y elegante dicción de los antiguos historiadores, sálveme mi buena voluntad, y así, acogiéndome al piadoso manto de vuestra benevolencia, pienso terminar mi árdua tarea, contando con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, por cuya gracia alcancemos la eterna gloria, luego que muramos. Amén.

Es pues, el caso, que viendo yo la escasez de historias referentes á la tauromaquia, por cuanto hay poquísimos escritos fuera de las crónicas jocosas en que los revisteros de periódicos narran los incidentes de cada corrida, costumbre harto moderna é insuficiente por tanto, para darse cuenta del desarrollo y evoluciones sucesivas del arte de torear, acometiome el deseo de escribir, lo mejor que mi corto entendimiento me permita, una historia completa de las corridas desde sus remotos orígenes de tiempos lejanos, en que nobles guerreros, varones prudentes, reyes é infantes de clara estirpe real, divertían sus ocios alanceando toros, como es fama según crónicas tenidas por muy verdaderas.

Después diré de aquella córajudísima competencia que se estableció entre las escuelas de Ronda, Sevilla y Córdoba, con las cuales reñía también Madrid si bien con notoria inferioridad, pese á la existencia de grandes toreros nacidos en la Villa y Corte cual Cayetano Sanz y Angel Pastor, ya que éstos, dados los tiempos gloriosos que corrían, lucharon, defendiéndose bravamente, con los más grandes lidiadores que registra la historia de la tauromaquia. El arte moderno de torear, llamémoslo así, desde la época en que se empezó á lidiar toros en suertes que fueron embrión de las actuales reglas, nace propiamente en Ronda, tiene su edad de oro en Córdoba con Rafael Molina, y después de un brillantísimo apogeo, tras la retirada de Guerrita, el revolucionario magnífico, despidió su últi-

mo fulgor con la figura de Antonio Fuentes en quien renace la gracia antigua de los más bravos lidiadores andaluces.

En cuatro grandes siglos puede muy bien sintetizarse la historia del arte taurino, es á saber: Tiempos que llamaríamos originarios ó de preparación, en que la fiesta se reduce á lancear toros; Época primitiva que abarca desde mediados del siglo XVIII hasta bien entrado el diecinueve, en la cual ya puede considerarse constituido el arte de torear, si bien las reglas eran un tanto arbitrarias; esta época termina propiamente con el más grande torero antiguo Paquiro Montes, que codificó en su *Tauromaquia* cuantos preceptos eran necesarios para terminar con aquella excesiva libertad que basaba todo el arte de lidiar toros en la propia inspiración de cada lidiador, la cual encauzada por la tradición puramente castiza vino á ser con Montes el fundamento sólido y la definición cierta y verdadera.

Don Francisco de Goya el de *las majas*, nos ha dejado riquísimo caudal de datos relativos á esta primera época, y su pincel maravilloso legándonos con su brujería las escenas de *La Tauromaquia* recoge toda la augusta gravedad y gracia bárbara de la más pura manifestación del espíritu español.

La tercera época comprende desde *la Tauromaquia* de Paquiro Montes hasta el advenimiento de Rafael Guerra, y en ella alcanza aqueste divino arte su mayor esplendor, reuniendo en la colosal figura de Rafael Molina Lagartijo, cuanto constituye la raza española y más propiamente dicho andaluza y Cordobesa. Rafael Molina encierra dentro su cuerpo romano, el alma árabe; era su físico de noble composición y elegante severidad, animado de un ritmo perfecto; en él se daba la armonía humana tal como la concibiera el Creador Supremo, y bien puede decirse sin temor á proferir

PROMETEO

ninguna blasfemia que en él se sintetiza toda la grandeza espiritual y corporal española, la cual habíase prostituido antes y después, como es razón dada la condicionalidad de nuestra vida.

En torno á Lagartijo vive una pléyade de lidiadores notabilísimos, pero ninguno puede comparársele ni asemejarse á él. Rafael Molina no era ya un torero; estaba por encima de toda regla y de toda enseñanza. En mi sentir es una de las grandes figuras en la Historia de la Humanidad.

Después de Rafael Molina, Guerrita empuña el cetro de la tauromaquia y aun diríamos mejor, se cala el gorro frigio, por cuanto su sabiduría llevóle á realizar la revolución que era necesaria dadas las condiciones de toros y toreros una vez retirado Lagartijo. Rafael Guerra comprendió que ya no era posible lidiar á la manera clásica aquellos toros de Colmenar, un tanto degenerados en bravura y nobleza, del mismo modo que Lagartijo y Frascuelo no lidiaban toros jarameños ni estoqueaban recibiendo cual los matadores primitivos. Así, Guerrita, aprovechó las excelencias de las ganaderías andaluzas, sobreponiendo su genio á la estrechez de reglas y preceptos, rompió con la tradición y llevóse de calle, como vulgarmente suele decirse, al público de todas las plazas españolas.

Millonario Guerrita, un día aciago para el arte de toros cortóse la coleta y retiróse como un rey viejo á su casa de Córdoba. Entonces cien y cien gargantas prorrumpiendo en justificado dolor, lloraron la muerte del toreo, y, á no dudar, así hubiera sucedido de no surgir Antonio Fuentes con el renacimiento de las clásicas teorías, modernizadas naturalmente, pues que no era posible ni falta hacía tampoco una completa reversión al gusto antiguo, después de las reformas de Guerrita.

En la actualidad Ricardo Torres *Bombita* mantiene

el sólo la brillantez de las corridas rodeado de un lucido número de toreros á la cabeza de los cuales Rafael González *Machaquito* pasea sus triunfos de estoquador.

La fiesta de toros en la más bella decadencia, necesita de un ánimo esforzado que vuelva por antiguos fueros de leyenda. Hoy por hoy se ha compenetrado de tal modo el espíritu del toreo con el modo de sentir español, que sin grandes toros ni grandes toreros vence la fuerza emotiva de la más bella manifestación artística de los actuales tiempos.

Yo por mí, confieso no haber sentido jamás la grandeza de la vida como en aquesta fiesta de sangre. No hay para mi modo de pensar cuestión de reglas, sino antes bien, cuestión de sentimiento.

Y no se diga que únicamente los espíritus ineducados gustan de fortalecer el ánimo y esparcir su entendimiento en las corridas de toros, por cuanto conozco gentes de alta condición y profundo estudio las cuales convienen conmigo en aquestas ideas respecto á tauro-maquia, y yo sé de un ilustre prócer el cual tiene escrita una completísima historia crítica del arte de torear, la cual ha de permanecer inédita por voluntad del esclarecido autor hasta luego de su muerte.

Téngase cada cual sus pensamientos y deje correr libremente los ajenos, y digo esto, en atención á que muchas personas que se consideran muy entendidas desprecian á los que gozamos con la fiesta taurina, negándonos el agua y el fuego.

A más, de que un espíritu vulgar por muchas ciencias y métodos que inculque en su mollera á fuerza de paciencia, no por eso ganará en virtud, y el hombre superior á los demás, y así mismo, siempre mostrará su condición aristocrática, ya lidie toros ó robe por los caminos.

Siendo las artes todas no más que expresión de algo

PROMETEO

interior por medio de simbolismos, abstracciones y fuerzas contrarias, vese bien á las claras cómo la Tauromaquia gana á las demás en intensidad de sentimiento.

Por cuanto participa de las condiciones esenciales de sus hermanas y no puede prescindir de ellas, y se compenetra con la vida, de modo que no es posible hacer la separación. En ella el mito y la realidad encarnan una nueva realidad, cuya emotividad radica en el vivo contraste bárbaro y armónico de las fuerzas humanas. Teófilo Gautier en su *Viaje por España* asegura que es superior la intensidad dramática del momento en que el espada se dispone á matar al toro, á la más alta situación trágica de Shakespeare. Y esto es en todo absolutamente cierto, pues que participa de la ficción maravillosa, á la par que no deja de ser tan real y verdadera que no la vean los ojos de la cara.

Necesitamos esa sensación de fortaleza sangrienta bajo el sol ardiente de aquesta brava tierra española de guerreros y de mártires.

Rodrigo Díaz de Vivar no podría vivir su vida guerrera en estos tiempos pacifistas; Santa Teresa de Jesús no hallara suelo en que asentar las hondas raíces de su fe. Únicamente los toreros pueden conservar verdaderamente el fuego sagrado y antiguo que llevamos dentro del pecho y nos abrasa en fuerza de buscar salida.

En las corridas de toros gozo y espiritualizo la parte de ferocidad que me corresponde en clase de hombre; despreciando cuanto hay de pusilánime en la civilización se aprende á ser sabio y fuerte. Los hombres no podemos reunir nuestras facultades morales en una bondad suprema cual la de Jesús Nazareno, y así gustamos de expansionar nuestros vicios y virtudes en estas fiestas de sangre, de luz y de muerte que aún

conservan un destello de la fuerza imperecedera que animaba las guerras de antaño.

El poeta Manuel Machado ha expresado en rimadas palabras floridas la emoción única de una corrida de toros, cuando al trasmontar el sol de verano las últimas graderías de la plaza, déjase oír en la serenidad de la tarde, la musiquilla heroica á un tiempo jacarandosa y trágica del pasodoble que llaman *La Giralda*.



Dioses.

POR WALT WHITMAN

AMANTE divino, Camarada perfecto
que alegre me aguardas, invisible aún, pero
sé mi Dios. [seguro,

Tú, Hombre Ideal, tú,
franco, diestro, hermoso, contento y enamorado,
cabal de cuerpo y amplio de espíritu,
sé mi Dios.

Oh Muerte (ya que la vida se basta á si misma)
que abres la mansión celestial é introduces en ella,
sé mi Dios.

Cosas las más potentes, las mejores que yo vea,
[conciba ó aprenda,
(cuanto rompa los lazos estantios, para libertarte á tí,
sed mis Dioses. [alma)

Ideas grandes todas, aspiraciones de raza,
heroísmos todos, proezas de férvido entusiasmo,
sed mis Dioses.

Tiempo y Espacio,
forma de la tierra divina y maravillosa,
forma cualquiera hermosa que yo vea ó adore,
orbe luciente de sol ó estrella nocturna,
sed mis Dioses.

E. Díez-Canedo, trad.

Plegaria á la Madre inmortal.

POR GABRIEL D'ANNUNCIO

NATURA, inmortal madre mía,
que abrevias también mi existir
y pones designios inmensos
en mi corazón, que naciste
de tu propio ser la primera,
común para todas, tú sola
que nunca te entregas: escucha.
Yo tan agobiado de ciencia
y de experiencia, de alegría
y de dolor, de amor y de
odio, si todo á tí me doy
soy otra vez ligero, ignaro,
leve me siento y verde, igual
que tallo de arbusto sin nudos.
Tendido en la yerba de espaldas
heme aquí: se apoya en mi brazo
la cabeza; la faz en sombra
y en sol los pies. Así reposo.
Una sangre infantil me inunda.
Siento llegar un sueño fresco.
Tú amparas el sueño del fuerte.

PROMETEO

Yo ví que á Zagreo, Titanes,
cubiertos de arcilla los rostros,
entrando en la cueva escondida,
degolláronle y luego crueles
le despedazaron; yo ví
después redivivo á Zagreo
dormido en la linde del bosque.
Tan suave dormir, tan profundo
dormir nunca he visto, Nodriz.
Tejían sus barbas de oro
las alas de espléndido enjambre
pendiente de su boca, abierta
como agujero de colmena.
¡Toda pena en miel se trocaba!
Así, siempre así, dormir quiero
en tí, que me das señoría
para dominar mi discordia,
¡oh Persuasiva! Heme aquí
otra vez nuevo, prematuro,
y henchido de ocultas potencias,
en mi formación todavía.

Lo que por mí fué conseguido
tengo en verdad por cosa leve
puesto en parangón con la obra
que nace en mi ser y se nutre
de tu misterioso licor.
¡Madre mía, en todas mis venas
la sangre acrecienta y refina!
Y si en cruel suplicio viérame,
cuando todo aumento de sangre
fuese más aumento de pena,
yo te gritara: «¡Madre, Madre,
multiplica esta sangre mía
doliente para que mi alma
hierva y más divina se torne!»

Sano me formaste en el vientre
de la mujer incorruptible
que me llevó. Mírame sano
en la yerba, con finos músculos,
corazón recio y amplia frente.
Hay más razón en este cuerpo
robusto que en cualquier doctrina.

Tú amparas el sueño del fuerte.
Y á tu favor yo me abandono.
Oigo el rumor de tus herbajes
lentos, y en tus ásperos pinos
de agujas y piñas los vagos
acordes, y el sonar de sistro
del oro inmenso de tus eras.
Mas oigo un zumbido lejano
que dice: «Aquí estoy, Ulisida.»
Madre, Madre, dame más fuerza
y alegría cuando la voz
del tirano, tan conocida,
tan oída, la voz viril
en mi corazón solitario
grite: «¡Sus! ¡Despierta! Ya es hora.
Surge. Asaz dormiste. ¡A la tierra
te has consagrado en amistad?
Oye el viento. ¡Sus! ¡Iza! ¡Larga!
Echa mano á timón y escota;
que es necesario navegar
y vivir no es necesario.»

E. Díez-Canedo, trad.



Dos madres.

POR EMILIANO RAMÍREZ-ÁNGEL



CLAREABA el día cuando Manuel salió de su cuarto hacia la fábrica.

Allá, en el lecho quedaba su mujer, toda dolorida y risueña, después de haberle hecho la maldita revelación. ¡Embarazada otra vez! Los seis rapaces dormían, bajo el liviano cobertor, agrupados, con sus carnes ajadas y sucias á la vez por el arroyo y el ayuno. Era un concierto el suyo de ronquidos leves, rítmicos, que triunfaba en la sombra de la estancia, por cuya ventana, un poco abierta, alargábase la grieta clara de un día más.

¡Qué suave tenacidad la del Amor en aquel hogar donde, al compás de sus aldabonazos la Miseria no cesaba en sus repiques!

Para la madre, dócil y bienaventurada, la Felicidad invadía los rincones todos de la casa. Pero Manuel, torvo y práctico, lamentaba que esta hada compasiva no llegara hasta la cocina, alzase la tapadera de la

olla y la colmase bien. Las risas de sus rapaces sonarían mejor rimando con el borbollar regocijado de los pucheros.

A la lumbre, fría aún, del amanecido, Manuel vió con espanto la sombra trágica que caía sobre su cabeza. Negró todo; las horas, saltando de su cueva obscura; el porvenir, dilatándose como un camino de fango; y la frágil tartera de la comida temblaba en su mano como el destino en sus videncias lúgubres.

Además, aquella visión del Madrid á hora prima cuando el hijo duerme. Tabernas tenebrosas; traperos con carros malditos—donde iban á refugiarse los despojos de la Capital,—con sus asnos peludos y monstruosos y sus chiquillas mongólicas con más harapos que sexo; trabajadores de andar siniestro, cuyos pies marchaban hacia el suplicio mientras los pensamientos trepaban hacia el crimen; mercados misérrimos, con piltrafas de carne y montoncicos de verduras ajadas en los tenderetes, como si en ellos se hubieran volcado los botines inclasificables de los basureros; y todo exhalando un hedor picante, hedor de esclavitud, de pauperismo, que muchas veces agrietara los periódicos en sangre y levantara un clamor de desquite por debajo de los Ministerios.

Aquel amanecer, echaba una dolorosa suciedad sobre la Corte. Parecía una grotesca escoba que venía barriendo otros mundos. La noche es más piadosa y Manuel, habiéndola apetecido como proveedora de paz, iba sintiendo hacia ella un odio gigante. Era entonces, cuando lejos del apocalíptico trepidar y jadear de las máquinas del taller, de bruces sobre aquel deleitoso abrevadero que los lábios de su mujer le ofrecían, había sentido los pasos del primer hijo, y del segundo... y del sexto...

Y de este más, aquella mañana.

Sintió un temblor homicida en sus manos.

PROMETEO

Las campanas de una iglesia vecina sonaban puras, extrañas, sobre aquella desolación de la calle y del alma. Tomó de un mozuelo tabernario una copa llena de algo, así como té y algo así como aguardiente, y continuó Puerta de Toledo adelante, hacia la Ronda.

Temblaba la hoja de la acacia frente á los portales, en la rama tiscuela. El sol de otoño le dardó en la cara un rayo espectral y yerto.

Quiso ver, más allá de las casuchas decrepitas y de los árboles polvorientos, una solución. La fecundidad de su compañera era abominable:—en una huerta, milagro bondandoso es;—pero, en un vientre...

Y él, quería á sus seis rapazuelos y aún preparaba ternura para el séptimo; la misma madre murmurara á su oído, en la hora epitalámica:—Manuel, será una pena que tengamos un chico más, pero si llegara á morirse alguno, se me partiría el alma.

A la hora de comer casi precisaba hacerse un equitativo prorrato con el pan y las patatas. La madre sonreía ante aquellas seis boquirritas abiertas que esperaban la maravilla de Dios, un poco dura y no muy blanca, sacrilegamente destruída en pedazos. Y de los pechos de la madre, ya flácidos, aquella prole hubo de dar insolentes tirones en nombre de la vida, á tiempo que el bolsillo del padre, exhausto, se abría en un bostezo negro digno en verdad, de alguna mayor consideración que la que los dueños de la fábrica le concedían.

Precisamente: estos dueños no tenían hijos. Aunque Manuel sabía de mus ilustrado, pongo por lujo algo más que de expeculaciones filosóficas, se le ocurrió alguna vez reflexionar que al Amor le estorban la venda y las alas. Bien, que, por su artificiosa ceguera entre en los sotabancos; pero ¡hombres de tejas abajo! ¿Por qué no visita con mayor frecuencia los pisos entresuelos, donde hallaría alfombras para sus pies desnudos y calor de estufa para sus alas ateridas?

Cuando Manuel entró en la fábrica, su cerebro ardía.

Los pedazos de pan no figuran en las bibliotecas; pero hacen pensar bastante. Tentado estuvo, en verdad, de fugarse de la vida, haciendo con un arma cualquiera esa pirueta que algunos llaman suicidio: pero doce brazos de niño, prendidos á una voluntad, pesan demasiado...

II.

Anohecido ya, regresó á su casa, arrastrantes los pies, hondos y negros como pozos los pensamientos.

Una extraña animación le hizo barruntar la desgracia. Sollozos reprimidos, rumores de vecina, silencio lúgubre en el corredor de la casa.

Con una mirada lo supo todo. Allí, cerca de la desmelenada madre, rodeado de caras estúpidamente doloridas, el niño mayor en el lecho, con los ojos vidriados, agudizada la naricilla.

Muerto.

¿Qué importaba el nombre de la dolencia?... Allí había uno menos. Los médicos hablan de pulmonías y de tuberculosis, á veces con cierta fortuna y siempre con elegante solemnidad; pero nada saben de ese hueco que abre la negra piqueta de la Gran Demoledora.

Había sido al promediar la tarde. Sencillamente: el chico que se rebulle en el lecho, que mira con inocente pavor, que da un ronquido... Una mortaja de sollozos y suspiros le arropó suavemente.

Pronto la caridad del vecindario procuró el chiquito ataud y aun esas cuatro velas que rematan los cuatro puntos cardinales de una vida.

Algunas gentes se quedaron al velorio. Los cinco pequeñuelos restantes dormían en las casas de los

PROMETEO

vecinos, piadosamente alejados del rincón donde ardían las fúnebres llamas reveladoras.

El silencio y la sombra velaban también. Manuel, cerca del muerto y de la madre pensaba con espantable clarividencia y velocidad.

Luchando tanto tiempo allá abajo, con las máquinas, é ileso siempre. Ahora triturado entre el maldito engranaje de la Vida y de la Muerte.

Le bataneaba el corazón, pero una sonrisa siniestra florecía bajo sus barbas. Sin moverse, entraba y salía y volvía á entrar en ese reino intenso donde el bien y el mal han acabado por hacerse amigos.

A media noche, las plañideras vecinas roncaban algunas con su chico sobre el regazo.

Las velas segufan ardiendo. Y en el aire, y en las paredes, sombras ténues retemblaban.

De pronto, la madre, llorosa, se alzó implorando la pena y el consuelo del esposo, que yacía meditabundo en un rincón.

El, espantado, la vió venir. Parecía un mónstruo vengador, alta, delgada, lenta en su actitud por el peso de su maternidad avanzada.

—¡Manuel, Manuel de mi alma!... ¡Nos quitaron un hijo!...

Y corrió hacia los brazos del obrero, ávida de un beso que fuera bálsamo y paz.

Hubo un minuto trágico. Luego, Manuel, brutalmente, rechazó á la madre con las manos, con el pensamiento. No; no quería entonces aquel beso; otros como aquel, por apasionados y por lentos le sumieron en la desventura de padre de seis hijos. Era una boca trágica, abierta siempre al amor como una ventana á la luz.

—¡Déjame!

Con bestial inconsciencia escupió la palabra. Aquella mujer, dulce, doliente, menuda, pero en cinta por

séptima vez, le inspiró tremenda pavora. Los pobres no tienen derecho al amor.

Al fin, la Muerte le consolaba. ¡A qué ocultar ladinamente el feroz regocijo!... Uno menos, sabiamente quitado de enmedio por la Gran Demoledora, más generosa, más dulce que todas las madres.

—¡Déjame!

Quedó la mujer, con los brazos abiertos, como antes de cerrar un abrazo, como después de gustarlo. La luz de los blandones, duplicó su agoniosa actitud sobre la pared.

Y Mannel en el rincón, sombrío, lento, comenzó á liar un cigarrillo.



Un novelista olvidado.

POR ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO



José de Siles, es un bohemio incorregible, el último de los bohemios de la pasada generación. Nuestros padres, amamantados en el romanticismo, protestaron de él, porque les falseó la educación y les torció el camino de la vida. Impregnáronse de estudios positivistas, que imbuían la seriedad y la preponderancia de una voluntad fuerte en la lucha por la vida. Leyeron á Ribot y á Payot, con su *Psicología de la voluntad* y su *Educación de la voluntad* respectivamente. Se penetraron de que en nuestra época la adinamia y la abulia no servían para nada, sino para fracasar; y se convirtieron en hombres de esos que Daudet llamó con forzado britanismo *struggle-for-lifers*. Si eran científicos, abrazaron las profesiones más en consonancia con la época moderna; fueron biólogos, penalistas de la escuela lombrosiana, etc. Si eran artistas tomaron la dirección del naturalismo.

Hubo algunos desertores, algunos rebeldes, que prefirieron ahorcarse de un farol, como Gerardo de Nerval. Siempre habrá temperamentos á quienes cuadre mejor

la «absintación» de Alfredo de Musset que el sillón de la Academia de Lamartine. Entre los contados desertores del ejército literario que se alistó en la burguesía, figuraba José de Siles. Esos escasos compañeros de generación que habían optado por la bohemia fueron abandonando sus filas poco á poco. Unos, como Manuel Paso, murieron jóvenes. Otros, como Dicenta, acabaron en el Ayuntamiento. El caso de Dicenta, es curioso. Empezar peregrinando por las tabernas de Madrid y acabar aceptando una concejaldía. La vida privada del autor de *Daniel* guarda cierta relación de semejanza con sus rumbos literarios. Comienza escribiendo dramas totalmente románticos, como *Luciano*; y acaba haciendo dramas realistas, aunque de arranque, romántico, como *Juan José*. Primero canta las luchas del espíritu, y después la lucha por los garbanzos. Al fin y al cabo, todo es uno y lo mismo, como diría Schelling; todo es espíritu... pero ciertos espíritus arrastran un cuerpo que come garbanzos...

José de Siles ha tenido la originalidad de no ser un apóstata de la bohemia. La burguesía nunca le contará entre sus conversos, y todo el que siente odio por los relapsos, que son los flojos de espíritu, los tibios de corazón, no podrán menos de admirar esta fidelidad á una idea, esta obstinación en un rumbo de vida determinado, este temple de espíritu...

*
*
*

En medio de su vida turbulenta y agitada, como es la vida bohemia de verdad, no la bohemia *de postura*, José de Siles no ha olvidado que la vida sin letras es una muerte como reza la sentencia latina: *vita sine litteris mors est*, ó que una existencia inútil es una muerte prematura, como dijo Goethe.

José de Siles no sólo ha vivido mucho, sino que ha

PROMETEO

trabajado mucho también. Vivir ¿qué es sino trabajar? Vida sin trabajo es vida hueca y boba, como vida sin intensidad es vida baldía. José de Siles llega á la vejez con una labor variada y considerable. No llega con las manos vacías á esos dinteles de la senectud, donde á todo hombre se le pide cuenta de sus actos.

La labor de Siles es múltiple y diversa. Poesía, novela, cuentos, apuntes é impresiones; todos estos géneros los ha tentado con mayor ó menor acierto. Las clasificaciones retóricas del arte literario, no tienen para él secreto alguno. Yo amo á estos hombres de muchos géneros, así como desconfío de los hombres de muchas aptitudes. Que se sienta recelo por un gran ingeniero que quiera ser á la vez un gran poeta, es muy lógico. Que los científicos puedan sentir desconfianza hacia Echegaray, considerándolo como un literato, y que los literatos sientan hostilidad hacia él, considerándolo como un científico, es muy humano. Aunque, una vez depurado todo puede resultar que un hombre reuna varias aptitudes y en todas salga igualmente victorioso. Ahí están para demostrarlo, dos compatriotas nuestros, Don Eduardo Benot, gran matemático y gran retórico, las dos ramas más antitéticas de los conocimientos humanos; y un Cajal, histólogo genial, que escribe las *Memorias de su vida* ó sus *Cuentos de vacaciones* en un castellano limpio y claro.

Ante los hombres de diversas aptitudes en un mismo campo de la ciencia ó del arte, es absurdo ese recelo. Que un gran histólogo no pueda ser un gran tratadista de termodinámica, es comprensible; pero que un gran embriogenista, sea un gran neurólogo, ¿por qué no? Idénticamente ¿por qué un buen novelista no ha de ser un excelente crítico y un admirable poeta?

José de Siles es un estimable poeta, que pulsa la cuerda lírico elegiaca (como en *El Diario de un poeta*) con el mismo arte que la cuerda satírica ó jocosa,

como en *El Carnaval eterno* ó *La musa reloxona*. Y es á la vez un novelista de fibra, como lo tiene demostrado en *La hija del fango* ó en *Juana Placer*. Es un cuentista demasiado nervioso é impresionable, demasiado andaluz; y por eso no ha triunfado tanto en este género, donde el tipo ideal es un hombre sereno y sóbrio, sin hojarasca retórica, á lo Guy de Maupassant. No obstante, pueden recopilarse lindos cuentos entre la multitud de obras donde ha coleccionado estos trabajos: *La casa de la alegría*, *La novia de Luzbel*, *El paraíso de los pobres*, *Historias de amor*, *El asesino de Lázara*. Sus obras completas, que forman ya veinticinco volúmenes, están editadas por el laborioso Gregorio Pueyo.

Añádase á esto, que Siles es en su vida privada un entendido bibliófilo, un anticuario, un *amateur* de arte, como hay pocos en nuestra patria. Su charla, chispeante, é ingeniosa, es además instructiva. Completa el tipo exacto de aquellos eruditos del Renacimiento que eran unos *causeurs* gracejantes, á más de unos sabios versados en todas las disciplinas. Un Pico de la Mirandola que diserta *de omni re scibili... et quibusdam alus* con la fina ironía de un Anatolio France.



Un rebuzno...

POR LUIS RODRÍGUEZ-EMBIL



Lo recuerdo como si lo estuviera viendo nuevamente.

Se detuvo el burro en mitad de la calle; extendió el cuello flácido y melancólico hacia lo alto; y de su garganta, trémulo, sublime de desesperación y tristezas, brotó un prolongado, angustiador, interminable sollozo.

Era una queja de dolor tan infinito, tan infinito, que volví la cabeza sorprendido al escucharla. Varios vecinos, parados por casualidad en aquel momento á la puerta de sus casas, contemplaban también al animal que la lanzara, indiferentes ó burlones.

El burro, todo él distendido, como exhalando por la negra boca toda la amargura de este mundo, lanzaba al aire, y á la burla de los hombres que reían, el *Miserere*, no entendido de su cansancio enorme, y de su pesadumbre inenarrable.

Hizo una pausa. La Naturaleza, menos insensible que el hombre, callaba como absorta. Me pareció que contenía el aliento, ante aquel grande y cómico dolor,

la brisa parlanchina. Y el cielo claro miraba con pena al infeliz animal sollozante.

Volvió á alzarse la voz lamentosa y ridícula... Y, lo confieso: en mi corazón caían sus notas con tan abrasadora elocuencia, que me sentía casi á punto de llorar ante aquél bufo treno, como si estuviera leyendo versos de Leopardi, ó el triste fin de *Marianela*, ó el dulce y triste idilio de *Efraim y María*.

¡Yo te comprendí, pobre asno abrumado de fatigas sin cuento! Yo te escuché y comprendí tu congoja y sentí profundamente tu poema: el poema de las marchas interminables bajo el látigo estúpido y feroz, de los días eternos, bajo un sol sin entrañas, del hambre, de la sed, de la nostalgia de la hembra amorosa y querida, de todas las torturas soportadas con paciencia estoica, gravemente al parecer, con gravedad que provocaba á risa y ojos tristes, tristes, que nadie observaba...

Yo te comprendí, y me conmovió tu canto épico. Y cuando al fin callaste y partiste de nuevo, manso, pacífico, resignado como un budista al yugo de la vida y del hombre, las carcajadas humanas, estúpidas y crueles como el látigo de tu conductor, me parecieron más brutales. ¡Oh, sí, pobre asno abrumado de dolor y fatigas, mucho más brutales que el no entendido *Miserere* de tu rebuzno de cansancio enorme y de pesadumbre inenarrable!



¿Cuál es la situación de la juventud

ante el problema social?

== ENQUÊTE ==

I ¿En qué sentido se orientan sus opiniones sociales?

II ¿Cuál es la solución práctica que usted propone ante el conflicto social?

III ¿Qué idea le surge a su juventud políticamente considerada la España actual?

BENITO BUYLLA (*Silvio Itálico*).

I

Vivimos en pleno malestar.

La diferencia de categorías en el estado actual de la sociedad es innegable y es odiosa.

La constitución del Estado ahora (evolución de otros tiempos peores, mejoramiento de algo que nació con el estigma de un pecado original) no propone soluciones prácticas para resolver los tremendos problemas que agotan las energías de la Humanidad.

No hay compensación entre lo Justo y lo Injusto, y nuestros corazones tienen abiertos muchos huecos a todas las pasiones y a todos los odios.

Los ensayos de organización comunista han fracasado desde «La Utopía» de Tomás Morus y «La Citta del Sole» de Campanella, «La República degliapi» de Doni, «El Falansterio» de Fourier, puestos en práctica por dinero ocioso, hasta el moderno de Australia.

El *derecho divino*, mantenido por los *especieros*, *flisteos*, *vididorzuelos* y el resto del vulgo analfabeto, nos lleva á la desolante consecuencia de confundir los *estigmas degenerativos* de una raza que tiene azul su sangre por la corrobda de microbios abyectos que en ella pululan, con la marca perenne del dedo de Dios, de un misterioso dedo que no se vé.

El feto ético y encanijado del régimen absolutista, que abortó la Ignorancia en su falso ayuntamiento con el Principio de autoridad, fué conservado en alcohol hasta hace poco, por un pobre hombre que no sabía mantenerlo en su casa y que murió legándonos un jocoso testamento.

Un paso avanzando en esta marcha tardía y zigzagueante de la Humanidad hacia la perfección, es el llamado régimen constitucional. Pero las dos cámaras que lo integran, en España, se han tornado, la una, en un vivero inculto de dislates, más ó menos armoniosos, en que los árboles sombreros y las plantas parásitas y los arbolillos inquietos y las hortalizas (porque abundan las hortalizas) faltos de riego, de opinión, y viviendo unos á expensas de los otros, por virtud de la ampliación social de una sagrada ley darwiniana, sólo aspiran á crecer, á engordar y á cubrir con su fronda maldita los desesperados estirones de sus compañeras. La otra, ¡ah! la otra! una roca, una roca tenaz pródiga en fósiles, que se escapan al saber del geólogo los más, pero en la que puedan verse á simple vista cangrejos, cantollos y *cirropodos* (percebes) de los más caracterizados.

Hay excepciones...

Y dejo esta ventana abierta para arrojar por ella á

PROMETEO

los más inconscientes, porque no me gusta batirme. Amo, sobre todo, la vida; puede que sea cobarde.

¿Dudaréis después de lo expuesto en qué sentido se orientan mis opiniones sociales?

II

Dejadme soñar *prácticamente* desde mi alto mirador en una calle olvidada de Vetusta.

La paz es sonora y tiene ambiente místico, más ¡qué lejana está de nuestro pensamiento caótico, víctima de este tiempo!

Abajo, el mar de nubes formado por la exhalación de todas las miasmas de la tierra; arriba, las estrellas fingiendo guiños en un espacio vacío, infinito, paradójico.

De cuando en vez: la asquerosa carcajada ó el anti-pático grito de dolor. Rayan, como un diamante el cristal del aire, los regüeldos opacos de la humanidad que come, y los bostezos desolantes de la humanidad que no come y trabaja. Un resonar alegre de tacones... un siseo de amor... el trueno que desfallece de un coche lejano... el silencio otra vez.

Un paso del ser al no ser.

Vuelve á ser mío el mundo de la *fantasía práctica*...

Rasga el amontonamiento de nubes una mano con dos cédulas personales ó el recibo de la contribución, ó el aviso suspendiéndome *involuntariamente* un día de haber para los heridos de la guerra, ó mi paga mermada por un descuento atroz...

Y la ley de la conservación de la especie dándome hijos.

Prende en mi memoria sus garras el horrible *retour universelle*, la eterna sucesión cíclica de Nietzsche... ¡y hemos de llorar los mismos llantos, y nos han de doler los mismos dolores y hay que penar las mismas penas!

Sobre el cielo se escribe aquella frase de nuestro pobre Clarín: *no engendres el dolor*.

Miro de frente: el hotel magnífico de la que enviudó de un hombre muy rico y se volvió á casar con un hombre muy guapo.

Más allá: la miseria del Hospicio.

Más lejano aún: el Hospital.

La potencia del símbolo en las cosas pequeñas. Siento barrer á mi criada.

El cielo lechoso tiene una calma calurosa; la lividez del cielo en el Poniente anuncia un tramonto, un ocaso, un crepúsculo vespertino con tempestad.

Siento una carcajada metálica en el timbre de mi puerta.

—Señorito: el recibo de la contribución.

—Dile que vuelva mañana... y tu sigue barriendo.

III

Hay algo, hay algo aquí dentro, hay algo en el corazón de estos hombres de mi país.

Hay en el tuétano, en la enjundia de nuestra conciencia un canto redentor, una arista que corta la carne y quiere salir al exterior entre borbotones de sangre.

Resurgiremos.

Y del Norte vendrá nuestra resurrección.

Montañeses templados en las luchas contra la Naturaleza bravía.

Allí donde el mar sea más crespo y más bramador.

Allí donde el frío sutilice más.

Los que vean cotidianamente el alba y no escuchen el postrero canto del gallo.

Los de aire sano embalsamado de pino y eucaliptus.

Vendrá, de allí vendrá.

PROMETEO

¿Será una tromba asoladora que haga entrar con sangre la letra en las gentes del llano?

¿Será un abrazo de amor dirigido por un *sugestivo categórico*?

La civilización de la gente cálida subió en busca del frío de la razón. Languideció sin alcanzarle.

La fuerza opuesta no se hará esperar.

Del Norte, del Norte.

*

TODO LO QUE PUBLICA PROMETEO, ES INÉDITO,
Y LO EXPRESAMENTE TRADUCIDO PARA ÉL, INÉDITO
EN CASTELLANO.



LA CARCEL

(MISERERE)

POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

.....es demasiado absurdo todo á nuestro alrededor. Créeme. Si yo encontrara el punto de apoyo que pedía Arquímedes para mover el universo, ahora mismo, apalancándole con mi bastón, le lanzaría en el abismo con sus sarcasmos y sus embrollos.—R. G. DE LA SERNA.— *Morbideces*, pdg. 150.



¡Ah, el punto ese de Arquímedes!
Lo he vuelto á desear porque me hace daño en la frente como un mal tumor ó un quiste la idea lamentable.

Me obstaculiza y no es posible olvidarla aunque los otros vivan en el olvido de los olvidos y fumen y se conforten sin presión en el pecho y sin quistes en la cabeza...

PROMETEO

¡LA CÁRCEL!

Mi representación de la cárcel es incongruente y conmovedora... Está hecha de intimidaciones, inquietudes y de desequilibrios, porque, bien pensado, es una perturbación mental—como la pelagra—la idea de la cárcel. Es una locura á que los hombres se han adaptado y que á mí se me ha descubierto, porque muchas veces me pongo frente por frente á mí mismo desnudo y confeso, y desde mi inocencia de recién nacido, de esos ratos descubro mis estrabismos. Ellos como creyentes en absolutos no pueden recobrar su inocencia y su simplicidad. Recargados pecarían exceptizándose.

¡LA CÁRCEL!

Es como un estribillo que comenta mis buenos ratos y muchas de mis contemplaciones más serenas...

Los hombres se han sobrepasado construyendo una cosa tan absurda y tan arbitraria... Porqué ¡cuidado que es relapsa, involucradora y ensañada la cárcel!

...¡Y hermética!

...¡Y rencorosa!

...¡Y atávica!

...¡E inmóvil!

...¡Y paralítica!

...¡Y estigmatada!

...¡Y constante!

...¡Y sordomuda y ciega y manca y perniquebrada!

...¡E irreparable!

...¡Y abandonada, expósita y lejana!—como fuera de la tierra de los afectos, del tiempo, de lo irreflexivo y de la cordialidad—.

...¡Y fuliginosa... mate!

...¡Y abstemia—y abstinente de todas las abstinencias—!

...¡Y húmeda!

...¡Y tortuosa!

...¡Y estática!

- ...¡Y cretina y braquicéfala!
- ...¡Y honda, honda, honda!
- ...¡Y lapidaria!
- ...¡¡Y como circuncidada!!!
- ...¡Y vacía, vacía, neumática!
- ...¡Y anfructuosa!
- ...¡E intrascendente!
- ...¡E incineradora!
- ...¡Y pederasta, é invertida del corazón y del cerebro!
- ...¡Y antropopiteca!
- ...¡Y opilada é infecunda—si es de mujeres—!
- ...¡Y yacente!
- ...¡Y sodómica!
- ...¡Y macabra!
- ...¡Y deplorable!
- ...¡Y hambrienta!
- ...¡Y patibularia!
- ...¡Y fermentada!
- ...¡Y deprimente!
- ...¡Y blasfema!
- ...¡Y abrumada!
- ...¡Y arrecida, glacial!
- ...¡Y teratológica, teratológica!
- ...¡Y trasverberada!

Y dispéptica, y tuberculosa, y linfática, y sarnosa, y lasa, y artébrica, y atónica del corazón, y escrofulosa, y con espermatorrea, y reumática, y hendida del pecho, y erupcionada, y hepática, y escoriada, y.....

No acabaría, porque mi irritación excedería siempre en ineditismo á la última palabra lamentable...

Me postra la fijeza desorbitada con que escarbo en estas cosas absurdas para evidenciarlas. Soy un lunático que considera que la evidencia—pasional y no

PROMETEO

dialécticamente evidenciada—es una fuerza viva, de precisión y todopoderosa...

Señalo ó no, es necesario hacer cosas combativas. Y si ahora me rebelo es porque hay algo reprimido en mí por la cárcel.

—¿Porque, amigos, no estamos un poco encarcelados por el solo hecho de que existe la cárcel y de saberlo? Ciertamente que sí.

—¿Pues y el fácil arrivismo de la cárcel, no lleva en su facilidad, en su eficiencia y en su posibilidad, algo como su realización directa y eficaz? ¿Siendo en apariencia una cosa inactual para nosotros, no es á la vez actual y doliente? Sí. Dedicuémonos á disociar sus fundamentos, pues así será nuestra reja la que lime-mos, preparándonos la evasión. ¿Habéis pensado *pasionalmente*, abiertos á todos los vientos, desprovistos de principios, inmediato en vosotros lo *subconciente* y los nervios, en la escala gradual de penas, y en las *aflictivas*; y en las *correccionales*, y en las *leves* (†) ?... No, seguramente que no. Hay en los hombres un aislador canalla, que son sus principios, sus cosas consabidas, de manual, y su elocuencia (†) ó su conservación, y su sabiduría (!), y su susceptibilidad en palabras, cosas todas fantasmales, descarnadas, periféricas, que siendo *accidentales* todo lo resuelven y todo lo dictaminan. Dotados de esta personalidad *desapasionada*, nada les penetra, y evitan con esa *incomunicación* cualquier tangencia que de *nonnatos* á la certeza y á la temeridad, les *hiciera recién nacidos*...

Necesitarían para conocer su *estrabismo*, *inmolarse* primero para brotar purificados de sus cenizas... Pero no importa...

Pensaremos por ellos...

Las penas comienzan dando un valor considerable al pasado. ¡El pasado penado en el porvenir! No deja de ser un simulacro arbitrario este afán de punir una

falta de *uno*, en *otro*, porque en verdad entraña esa diferencia de tiempos, una diferencia de personalidad, de carnalidad, y una mutación caleidoscópica, en ese caleidóskopo que se llama carácter y responsabilidad.

Se ha dicho que la propiedad de la tierra es un robo, pero no se ha dicho que la propiedad del porvenir, y en general, del tiempo, es un prejuicio, una demasia y una aberración.

¡Y el máximún de pena *cuarenta* años! Impera en este modo de asignar penas la misma villanía del criterio cristiano que inventó el inverosímil pecado original. ¡Por qué no es una cosa por nacer, incalculable, parte inmaculada, sin empadronar, inocente, irresponsable, buena, sin historia, incapaz de contraer contratos y obligaciones, digna de ser comienzo de la felicidad, el mañana, y sobre todo, el mañana lejano del hombre? Lo único que es permitido y no es *herodiano*, es recoger al porvenir que tuvo por padre tal pasado, suprimirle su *patria potestad*—como hacen en Londres con los padres desnaturalizados—y para educar ese porvenir incólume cuidarle, educarle como en un asilo de niños. Pero educarle no cristianamente, sino según la *Nueva exégesis*, sin ensañamiento ni prevención. Si no recordará la cárcel, el doloroso círculo—en este caso infinitesimal—impotente, y tenaz, é inútil, y vicioso, de la serpiente mordiéndose la cola.

¡Oh! la facilidad desapasionada de hombres que creen en las fórmulas, como galvanizados por ellas, esa facilidad con que dicen en los veredictos de culpabilidad «la pena de cadena perpétua» (130 años), ó la de cadena temporal en su grado máximo (120 años), ó...

¡Cómo confunden la dominación de la *cifra*, convencional y capciosa, con la de la realidad! No se dan cuenta de las trascendencias porque todo es dialéctico en ellos, cifrado. El porvenir es irrepresentable á no ser que nos representemos el presente de espaldas ó en

PROMETEO

una espejería de laberinto. Somos capaces solo al presente, y solo por el uso ingenioso de los signos y de los símbolos podemos imaginarnos el pasado y prever la profundidad, y la densidad del porvenir. ¿Quién ha pensado en ella? Nadie. Todos han principiado viendo el presente ambicionando, llenos de deseos descomensurados, inhumanos y antropomórficos, inadaptados, y así con esta distracción lo han creído vano y fútil, cuando era *nuestro absoluto*. Además lo han hecho una cifra pequeña, puesto que han creado la de la inmortalidad, que sin que ellos lo sepan es el mismo presente, reflejo y multiplicado vanamente en el mismo laberinto de espejos. Perderían la cabeza, regularían como hombres buenos al ver TODO lo que iban á envenenar y á estragar.

Pero es el caso que no la pierden y dominan el porvenir ayudados de la cárcel. En la cárcel el tiempo por venir adquiere el vértigo de lo vacío y oscuro, y parece adquirir más cubicidad y se hace interminable. El tiempo no está en el tiempo, es decir, en el reloj, sino en los hechos, en lo pintoresco, en lo cotidiano y en la renovación; por esto en la monotonía de las cárceles se pierde su noción y así es el que rige en ellas, un reloj horrible, invariable, como sin manillas, una medida desfondada que nunca se completa, ni se promedia, ni se principia, y á la que hay asomados, desencajándose, dos ojos que se envizcan.

Pero dentro del enrarecimiento del tiempo, hay en la cárcel otras muchas influencias.

El hombre que entra en ella se funde, desaparecen en él todas las predisposiciones formidables, las que crearon á DIOS y á la UTOPIA y á ELLA.

Se queda en los huesos, y si le queda media vida, la cruzará mutilado, hueco, sin voluntad y con la pierna anquilosada, destruida, si ha estado amarrado en *blanca* como la de ese suave amigo mío derruido, comienzo

de un Redentor, niño Dios, que jorobó la cárcel. ¡Oh buen Pedro Luis! (1)

Dado que en mi concepción del HOMBRE quedan excluidos los *hombres*, Dios, la historia y las entelequias, para integrarle á EL solo, su dolor es un dolor universal, impropio, é incontinente. Se postra el sol, el paisaje, el terráqueo entero, todo, porque se postra el HOMBRE.

El mar mismo sufre cautividad porque el Hombre está cautivado. Ahora mismo pensando en la cárcel, y viéndole removerse, histérico y atlante, me parece como si estuviera *amarrado en blanca...*

Se les arranca al mejoramiento, se les *suprime*, ya no verán á las mujeres preferidas ni á las otras; ni pasearán por los caminitos, ni se festejarán desprendiéndose de sus lacras en una hora de alegría, ni *tendrán* á los niños, ni viajarán, ni... (1)

—¡Y eso qué importa!

—Importa, canallas. No lo sabéis porque no distéis una importancia violenta, enorme y única, á esas cosas. Las concebís demasiado literariamente y con demasiada inextensión y poquedad.

Habéis arrojado vuestro frenesí y vuestra largueza á ese otro mundo lejano que esperáis. Habría en vosotros más posibilidades y más intensidad, os asombraríais como yo, si nos hubieráis invertido en crear á Dios y lo transcendental y lo metemprico. ¡Oh si os hubierais regalado y amplificado con esas fuerzas!

Para que se viera si importa, yo enumeraría, ingenuamente, simplicísimamente, acompañadas de esta música llana de Miserere que conmueve las entre-

(1) (Calderón.) Sólo si sabes blasfemar te salvarás; la blasfemia hace Dios—no llegó á decir tanto el Dr. Diego Ruiz en su obra «De la sublimidad en la blasfemia»—y esto significa que te *recuperarás*. Sin embargo, es difícil, aún siendo excepcional, que después de haber pasado por la cárcel...

PROMETEO

líneas, todas las cosas pequeñas, frívolas, pueriles. para decir al final en este tono de lamentación y de incredulidad que no existen en la cárcel... ¡No hay bagatelas, no hay horas de lectura, no está en la biblioteca Francis Jammes (1), ni Gourmont, ni Walt-Whitman, ni Juan R. Jiménez, no hay aventuras, ni tropiezos de azar, ni posibilidad de callejear, ni—hablando más sencillamente—romerías, ni giras, ni bailes de orgañillo y merienda, ni verbenas, ni cerveza, ni obras de arte, ni hora de las modistas ó del galanteo, ni gabinete de trabajo—con su lámpara rosa con flecos, con sus retratos, sus oleografías, su paz, y sus bibelots—ni cosas amables y familiares—aunque sean la guitarra ó el acordeón de Juan del Pueblo—ni una capa ni un calañés, ni una cómoda vieja llena de cosas baratas y evocadora, oliente á mejorana, como la de Juan el Campesino, ni... ¡A qué negación podría llegar con el recuento sentimental de las cosas que llenan la vida y que en la cárcel faltan! Sería interminable, pero de ese modo el *vacio* que se pronuncia siempre como palabra y no impresiona á las gentes aficionadas á las palabras más que como palabra, se haría de una presión extraordinaria y movería á las muchedumbres...

Ahora, frente al mar, viendo la costa rodeada de pinos y un paisaje japonés á lo lejos, hecho de lomas que se esfuman en la bruma y lomas de un verde lavado—las de primer término—mansas y japonesas de color, extendiéndome en la extensión del panorama, alargándome, ductilizándome sobre él... olvidado de los reyes, de los gobernadores y de las guarniciones, se me ocurre que existen los presidiarios que carecen de la idea de la extensión,—puesto que son inextensibles—

(1) Ese poeta del que en esta hora inquieta recuerdo su *Oración para que todos sean felices*, buena, digna de ser omnipotente.

y para los cuales el paisaje está *suprimido*, y es plano y mate. Es horrible la esquematización que ellos adquieren de la naturaleza, que no es la misma que la que adquirls desde vuestra ventana, pues libres, estáis *sobre* lo abarcable adjuntos é integrados á él. Ellos la ven desde el tragaluz (*¡Luz precisamentet*) de la imposibilidad.

Es trabajoso pensar en todo ésto, como es difícil concebir la idea de la inercia pura. ¡Y no vamos á ser neurasténicos si hemos despertado entre cosas tan absurdas!

Toda la geometría del espacio, la astronomía, la geodesia, la aviación, todo lo substancial y lo especulador se vé negado por la cárcel.

Se pudren sus nostalgias, y pierden sus ideas de tanto volver sobre ellas. (Ya sabéis que destruye la rutina la permanencia en ella de un sólo *cliché* monótono y anodino).

Todos adquieren una cara amarilla, dura, recelosa, sórdida, tienen «patas de gallo» siendo jóvenes, y son abominablemente antiartísticos.

Y cantan cantos religiosos, se les hace cristianos, se les deforma y todo en sus fascinaciones de capilla es barroco, aberrado y mate. Se les *confunde* más. Se les afemina, se les *desorienta* y con la idea del cielo adquieren concéntricamente la idea de la ambición.

Así ni se les hace fuertes ni se les hace seguros, ni se les hace que se encuentren.

Volverán á ser falsos y á desorientarse y á fracasar. Una fuerza física, muy terrena y muy materialista hay que fomentar en ellos, la fuerza de *gravedad* que es como decir una moral humana y étnica.

Se sumergieron cayendo sobre un *petate* sucio, en un cuenco sin luz, que es como esos pozos en cuya profundidad se apagan las teas, pozos insondables en los que no se oye el caer de las piedras... Tan lejos están de la vida.

PROMETEO

A los gritos de los presos les sucede lo mismo. Al rebelde le matan á palos y como está tan hondo ese pozo de la cárcel no llega á la vida el ruido de ese descalabro.

—Aquí todo lo arreglan con un papel—como me decía un recluso en un correccional.

Es un cementerio sin cipreses y sin flores y sin visitas diarias de las viudas y con altos tapias; un cementerio en que los muertos se quejan de su muerte y la *sienten* (1) y desenterrados trabajan duramente, hacen alpargatas, cordelería, muebles, y juguetes para niños—¡Trágica paradoja!—, todo bajo la ferula de un empresario.

¡Oh, los de cadena perpétua—sobre todo—y los reclusos por agravación en las celdas de castigo, sin luz, junto á las letrinas, encadenados con una cadena de cuatro eslabones que no permite moverse, agudizada la temperatura para fundirlos, y agudizada la prensa para torcer su dorsal... Sólo Pedro Luis resistió la prueba orando al Padre Gorki, del que escribió la jaculatoria en la pared.

Como hemos creado á Dios y nos hemos hecho á su imagen y semejanza, no creemos en el acabamiento de la voluntad, además de que sería absurda esa creencia teniendo voluntad; todo lo discutimos, lo vemos negado metafísicamente y á lo más sufrimos una prueba imaginaria; de todo salimos ilesos, nos creemos invulnerables, pero la física de la cárcel deforma de verdad, *lamina* al hombre, le ablanda, le tuerce la mirada y como le mutila no tiene después más locomoción que el arrastre. Es la base que en química, neutraliza los ácidos. Su lubricidad hizo fracasar en ellos el amor, y ya después no sabrán amar...

—¡Pero tú,—este tú va por mi lector—qué significa todo ésto!

—Nada. No vale desgañitarse, somos inertes y somos inútiles... Ellos se justifican, todos se absuelven de alguna manera, con mucha pulcritud y mucha sinuosidad. Se hacen dignos de la carnicería. Han escrito folletos, teorías, libros de texto persuasivos y cristianos, y sobre la puerta de las cárceles, semejantes á Pilatos, han escrito: «odia al delito y compadece al delincuente». Así se dignifican, cuando envuelven en el odio al delito el odio al delincuente, cuando al fin y al cabo después de la frase nazarena y maurista de la entrada todo se resuelve en odio. La inventora de aquella frase, Doña C. A. fué una gran maestra de desorientación. Porque el abuso de los principios y de esas inhibiciones entraña un deseo de desorientar. Además han creado la circunspección de los días de visita, la opacidad de los presos, todos alineados, muy formales y muy inexpresivos al rededor del que los visita, envueltos en preguntas del director que llevan la respuesta al dorso.

Todo lo han justificado. Para que esforzarse. Hay una muchedumbre que nos amarraría... y serían nuestros hermanos y nuestros amigos los libertarios, y nuestra amante la abnegada—á la que no conviene poner á prueba en nombre del dolor de los hombres, sino en nombre del dolor de Dios—.

Muchedumbres de abogados, de jueces y magistrados, officiantes del Código Penal, sentenciarán todos los días en las 49 audiencias, y en todas las cárceles se abrirá el portillo, y el carcelero contará como siempre los que entren como los que salgan. Esa es su misión. Para él los hombres son un número. La guardia permanente de la cárcel se renovará todos los días, y los centinelas de los cuatro costados en las sórdidas noches exalarán el trágico «¡Centinela alerta!», y se contestarán recíprocamente con helada exclamación: «¡Alerta está!...»

PROMETEO

Mi lamentable lamentación no puede ser dinámica como yo quisiera, sino adinámica... Resulto un hombre apisonado en este momento en que he querido transcender. Y así sufro ese horror del grito en sueños.—¡No lo sentistéis todos alguna vez!—ese grito que no estalla, que es demasiado ahogado, que es impronunciable, que no lo oyen los otros, que no surge, deseando un auxilio inminente...

Y basta de pensar... Si pensáramos... pensáramos... y pensáramos, acabaríamos deshechos, *perdidos*, pidiendo el Sol como Oswald, ó gritaríamos desgarrados, hechos añicos, y algo formidable removido en nuestra sangre, sacudido, nos haría morir de un colapso, de una embolia ó de una desviación del corazón...

Sí. Tengo miedo de pensar así.

Silencio...

✽

ERRATA.—En la página 63 al final dice: «si nos hubiérais invertido en crear á Dios...» y debe decir: «si no os hubiérais invertido en crear á Dios...».



Los Cantos de Maldoror.

· POR EL CONDE DE LAUTRÉAMONT



ALGUNOS escriben para buscar los aplausos humanos, por medio de nobles cualidades del corazón que la imaginación inventa ó que pueden llegar á tener. Yo consagro mi genio á pintar las delicias de la crueldad. Delicias no pasajeras, artificiales; pero que han comenzado con el hombre y con él acabarán. ¡No puede aliarse el genio con la crueldad en las resoluciones secretas de la providencia! ¡O acaso el ser cruel implica carecer de genio! En mis palabras veréis la prueba; sólo os resta escucharme... Perdón, creí que mis cabellos se erizaban; pero no es nada, porque con la mano he podido fácilmente devolverles su posición natural. El que canta no pretende que sus cavatinas sean una cosa desconocida; al contrario, se felicita de que los pensamientos altivos y perversos de su héroe estén en todos los hombres.

*

Yo he visto, durante toda mi vida, sin exceptuar uno sólo, á los hombres, de espalda estrecha, cometer

PROMETEO

actos estúpidos y numerosos, embrutecer á sus semejantes y pervertir las almas por todos los medios. Y llaman á los motivos de sus acciones: la Gloria. Al ver estos espectáculos he querido reír como los demás; pero, ¡extraña imitación!, era imposible. Y he cogido un cortaplumas de hoja bien afilada, y me he hendido la carne en los sitios en que los labios se reúnen. Un instante creí alcanzado mi deseo. Contemplé en un espejo esta boca lacerada por mi propia voluntad. ¡Error! Además, la sangre que corría en abundancia de las dos heridas impedía distinguir si era aquello realmente la risa de los otros. Pero, después de algunos instantes de comparación, ví bien que mi risa no se parecía á la de los humanos. Es decir, que no reía. Yo he visto á los hombres, de cabeza fea y ojos terribles hundidos en la órbita oscura, sobrepasar la dureza de la roca, la rigidez del acero, la crueldad del tiburón, la insolencia de la juventud, el furor insensato de los criminales, las traiciones del hipócrita, las farsas del cómico, la firmeza de carácter de los sacerdotes, y á los seres más ocultos al exterior, más frios de los mundos y del cielo. cansando á los moralistas en descubrir su corazón, y haciendo caer sobre ellos la cólera implacable de lo alto. Los he visto, todos á la vez, ya levantado el puño más robusto hacia el cielo, como el de un hijo perverso contra su madre, probablemente excitados por algún espíritu del infierno, llenos los ojos de un remordimiento candente y rencoroso, en un silencio glacial, no atreverse á emitir las meditaciones vastas é ingratas que recelaban sus senos y á entristecer de compasión al Dios de misericordia; ya, á cada instante del día, desde el comienzo de la infancia hasta el fin de la vejez, esparciendo anatemas increíbles faltos de sentido común, contra todo lo que respira, contra sí mismos y contra la Providencia, prostituyendo á las mujeres y á los niños, y deshonorando así

las partes del cuerpo consagradas al pudor. Entonces, los mares levantan sus abismos; los huracanes, los terremotos, derriban las casas; la peste diezma las familias orantes. Pero los hombres no lo advierten. También los he visto enrojecer, palidecer de vergüenza por su conducta sobre esta tierra; raramente. ¡Tempestades, hermanas de los huracanes; firmamento azuloso, cuya belleza no admito; mar hipócrita, imagen de mi corazón; tierra, de seno misterioso; habitantes de las esferas; universo entero; Dios, que con magnificencia lo creasté, á tí te invoco: enséñame un hombre bueno!... Pero que tu gracia decuple mis fuerzas naturales; porque al espectáculo de tal monstruo puedo morir de asombro. Por menos se muere.

✱

Se deben dejar crecer las uñas durante quince días. ¡Oh, que dulce es arrancar brutalmente de su lecho á un niño que todavía no tiene nada sobre el labio superior, y, con los ojos muy abiertos, hacer como que se pasa la mano con suavidad sobre su frente, inclinando hacia atrás sus hermosos cabellos! Y luego, de pronto, en el momento que menos lo espera, hundir las uñas, largas, en su pecho, blando, de modo que no muera; porque si muriese no tendría uno más tarde el espectáculo de sus miserias. En seguida, bébese la sangre lamiendo las heridas; y durante este tiempo, que debiera durar tanto como dura la eternidad, el niño llora. Nada es mejor que su sangre, extraída como acabo de decirlo, aún caliente, á no ser sus lágrimas, amargas como la sal. Hombre ¡no probaste nunca tu sangre, cuando por casualidad te cortaste un dedo! ¡Qué buena es! ¡verdad! Porque no tiene sabor alguno. Además ¡no recuerdas de haber un día—en medio de tus reflexiones lúgubres—llevado la mano, hueca en el fondo,

PROMETEO

á tu rostro enfermizo mojado por lo que caía de los ojos; cuya mano en seguida se dirigía fatalmente hacia la boca, que bebía á largos sorbos en esta copa, temblorosa como los dientes del alumno que mira oblicuamente al que nació para oprimirlo! ¡Las lágrimas! Que buenas son ¡verdad! Porque tienen el sabor del vinagre. Diríanse las lágrimas de aquella que más se ama; pero las lágrimas del niño son mejores al paladar. Este no traiciona, desconociendo aún el mal: aquella que más se ama traiciona pronto ó tarde... Lo adivino por analogía, aunque ignoro lo que es la amistad, el amor. — Es probable que nunca los acepte; al menos de parte de la raza humana. — Así, puesto que tu sangre y tus lágrimas no te dan asco, aliméntate, aliméntate con confianza de las lágrimas y de la sangre del adolescente. Véndale los ojos mientras desgarras sus carnes palpitantes; y, después de haber escuchado largas horas sus gritos sublimes, semejantes al agudo estertor que exalan en una batalla las gargantas de los heridos agonizantes, apartándote como una avalancha te precipitarás del cuarto vecino, fingiendo llegar en su auxilio. Le desatarás las manos, hinchados nervios y venas, devolverás la vista á sus ojos extraviados, lamiendo de nuevo sus lágrimas y su sangre. ¡Qué verdadero es entonces el arrepentimiento! La centella divina que hay en nosotros, y tan raramente se muestra, aparece. ¡Demasiado tarde! Y el corazón desborda de poder consolar al inocente á quien se ha hecho daño: «Adolescente, que acabas de sufrir dolores crueles, ¡quién pudo cometer sobre tí un crimen que no se con que nombre calificart! ¡Qué desgraciado eres! ¡Cómo debes sufrir! Y si tu madre supiese esto, no se sentiría más cerca de la muerte, tan aborrecida por los culpables, de lo que yo me siento ahora. Ay ¡qué es pues el bien y el mal! ¡Es una misma cosa, por la cual testimoniamos con rabia nuestra im-

potencia y la pasión de llegar al infinito hasta por los medios más insensatos! ¡O bien son dos cosas distintas! Sí... que sea una misma cosa... porque si no ¡qué sería de mí en el día del juicio! Adolescente, perdóname; el que está ante tu faz noble y sagrada es el que rompió tus huesos y desgarró tus carnes. Un delirio de mi razón enferma, un instinto secreto que no depende de mis razonamientos, semejante al del águila desgarrando su presa, me impulsó á cometer este crimen; y tanto como mi víctima sufro yo. Adolescente, perdóname. Una vez fuera de esta vida efímera, quiero nos abracemos durante la eternidad. ¡No formar más que un solo ser, mi boca unida á tu boca! Entonces tu me desgarrarás, sin detenerte nunca, con los dientes, con las uñas. Yo adornaré mi cuerpo con guirnaldas perfumadas para este holocausto expiatorio; y ambos sufriremos, yo de ser desgarrado, y tú de desgarrarme... mi boca unida á tu boca. Oh adolescente, de cabellos rubios, de ojos dulces, ¡harás ahora lo que aconsejo! A pesar tuyo quiero que lo hagas, devolviendo la dicha á mi conciencia». Después de hablar así, al mismo tiempo habrás hecho daño á un ser humano y serás amado por el mismo ser. ¡La mayor dicha que puede concebirse! Más tarde, podrás ponerlo en el hospital, porque el mutilado no podrá ganar su vida. Te llamarán bueno, y las coronas de laurel y las medallas de oro ocultarán tus pies desnudos, ¡oh tú, cuyo nombre no quiero escribir sobre esta página que consagra la santidad del crimen, yo se que tu perdón fué inmenso como el universo! ¡Pero yo existo aún!

*

Yo he hecho un pacto con la prostitución á fin de sembrar el desorden en las familias. Recuerdo la noche

PROMETEO

que antecedió estas peligrosas relaciones. Ví ante mí una tumba. Oí á un gusano de luz, grande como una casa, que me dijo: «Voy á alumbrarte. Lee la inscripción. No viene de mí esta orden suprema». Una vasta luz color de sangre, á cuyo aspecto tiritaron mis mandíbulas y cayeron inertes mis brazos, se derramó por los aires hasta el horizonte. Vacilante, me apoyé en una muralla ruinosa y leí: «Aquí yace un adolescente que murió tísico: vosotros sabéis por qué. No recéis por él». Muchos hombres quizás no hubieran tenido tanto valor como yo. Durante este tiempo, una bella mujer desnuda vino á acostarse á mis pies. Yo, á ella, con rostro triste: «Puedes levantarte.» Le tendí la mano con la que el fratricida degüella á su hermano. El gusano de luz, á mí: «Coge una piedra y mácala.» «¿Por qué?» le dije yo. El, á mí: «Ten cuidado, tú el más débil, porque yo soy el más fuerte. Esta se llama *Prostitución*.» Las lágrimas en los ojos, la rabia en el corazón, sentí nacer en mí una fuerza desconocida. Cogi una gran piedra; trás muchos esfuerzos la levanté con trabajo hasta la altura de mi pecho; la puse sobre el hombro. Y subí una montaña hasta la cima: desde allí, aplasté al gusano de luz. Su cabeza se hundió bajo el suelo una longitud de hombre: la piedra rebotó hasta la altura de seis iglesias. Fué á caer en un lago, cuyas aguas descendieron un instante, arremolinadas, abriendo un inmenso cono invertido. La tranquilidad reapareció en la superficie, la luz de sangre dejó de brillar. «¡Ay! ¡Ay! exclamó la bella mujer desnuda, ¿qué has hecho?» Yo, á ella: «Te prefiero á él; porque tengo lástima de los desgraciados. No es culpa tuya si la justicia eterna te ha creado.» Ella, á mí: «Un día, los hombres me rendirán justicia; no te digo más. Déjame partir para ocultar en el fondo del mar mi tristeza infinita. Sólo tú y los monstruos repugnantes que pululan en estos negros abismos no

me despreciáis. Eres bueno. Adiós, ¡oh tú que me has amado!» Yo, á ella: «¡Adiós! ¡Adiós otra vez! ¡Te amaré siempre!... Desde hoy abandono la virtud.» Por ésto, ¡oh pueblos!, cuando oigáis al viento de invierno gemir sobre el mar, ó encima de las grandes ciudades, que há largo tiempo visten luto por mí, ó á través de las frías regiones polares, decid: «No es el espíritu de Dios que pasa: no es más que el suspiro agudo de la prostitución, unido á las quejas graves de Maldoror.» Niños, soy yo quien os lo digo. Entonces, llenos de misericordia, arrodilláos; y que los hombres, más numerosos que los piojos, hagan largas plegarias.

✱

Al claror de la luna, junto al mar, en los sitios aislados de la campiña, se ven, hundido en amargas reflexiones, revestir á todas las cosas formas amarillentas, indecisas, fantásticas. La sombra de los árboles, ya lentamente, corre, viene, vuelve, de modos diversos, rastreando, pegándose á la tierra. Hace tiempo, cuando iba sobre las alas de la juventud, esto me hacía ya soñar, me parecía extraño; ahora me he acostumbrado. El viento gime á través del follaje sus notas melancólicas y el buho canta su grave lamentación, que eriza los cabellos de quien lo oye. Entonces los perros, furiosos, rompen sus cadenas, se escapan de las granjas remotas; corren por el campo, presas de la locura. De pronto, se detienen, miran á todos lados con feroz inquietud, candente la mirada; y, lo mismo que los elefantes antes de morir lanzan en el desierto una última mirada al cielo, elevando desesperadamente su trompa, dejando inertes sus orejas, lo mismo los perros dejan inertes sus orejas, elevan la cabeza, hinchán el cuello terrible, y se ponen á ladrar, por turno; ya como un niño que grita de hambre, ya como

PROMETEO

un gato despanzurrado sobre las tejas, ya como una mujer que va á parir, ya como un moribundo de peste en el hospital, ya como una joven que canta un aire sublime; contra las estrellas al norte, contra las estrellas al este, contra las estrellas al sur, contra las estrellas al oeste; contra la luna; contra las montañas, semejantes á lo lejos, á rocas gigantes, yacientes en la obscuridad; contra el aire frío que á plenos pulmones aspiran y que enrojece, quema, el interior de su nariz; contra el silencio de la noche; contra las cornejas, cuyo vuelo oblicuo les roza el hocico, llevando una rata ó una rana en el pico, alimento vivo, dulce á los pequeños; contra las liebres, que desaparecen en un abrir y cerrar de ojos; contra el ladrón, que huye al galope de su caballo después de haber cometido un crimen; contra las serpientes, en las malezas, que les hacen estremecer la piel, chirriar los dientes; contra sus propios ladridos que les dan miedo á ellos mismos; contra los sapos que trituran de un sólo mordisco—¿para qué se alejaron del pantano?—; contra los árboles, cuyas hojas, blandamente mecidas, son otros tantos misterios que no comprenden, que quieren descubrir con sus ojos fijos, inteligentes; contra las arañas, suspendidas entre sus largas patas, que trepan á los árboles para guarecerse; contra los cuervos que no encontraron que comer durante el día y que vuelven al nido el ala fatigada; contra los peñascos de la orilla; contra los fuegos que surgen en los mástiles de navíos invisibles; contra el rumor sordo de las olas; contra los grandes peces, que al nadar, muestran su lomo negro, hundiéndose después en el abismo; y contra el hombre que les hace esclavos. Luego se ponen á correr de nuevo por la campiña, saltando, con sus patas sangrientas, por encima de los fosos, los caminos, los prados, las hierbas y las piedras escarpadas. Creeríaselos enfermos de rabia, buscando un gran estanque

en que apaciguar su sed. Sus ahullidos prolongados, espantan la naturaleza. ¡Infeliz del viajero retrasado! Los amigos de los cementerios, se arrojarán sobre él, le desgarrarán, le comerán, con su boca de donde gotea la sangre; porque no tienen los dientes cariados. Los animales salvajes, sin atreverse á acercarse para tomar parte en el festín de carne, huyen hasta perderse de vista, temblorosos. Después de algunas horas, los perros, cansados de correr, casi muertos, la lengua fuera de la boca, se precipitan unos sobre otros, sin saber lo que hacen, y se destrozan en mil piltrafas, con una rapidez increíble. No obran así por crueldad. Un día, con ojos vidriosos, mi madre me dijo: «Cuando estés en tu lecho y oigas los ladridos de los perros en la campiña, ocúltate bajo las sábanas, no burles de lo que hacen: ellos tienen sed insaciable de lo infinito, como tú, como yo, como el resto de los humanos, de rostro pálido y largo. Hasta te permito abrir la ventana para contemplar este espectáculo, que es bastante sublime.» Desde entonces, respeto el voto de la muerta. Yo, como los perros, experimento la necesidad del infinito... ¡Y no puedo, no puedo llenar esta necesidad! Soy el hijó del hombre y de la mujer, según lo que me han dicho. Esto me asombra... ¡Crea ser más! En todo caso ¡qué me importa de donde vengo! Yo, si dependiese de mi voluntad hubiera querido ser el hijo de la hembra del tiburón, cuya hambre es amiga de las tempestades y del tigre, cuya crueldad es reconocida: no sería tan malo. Vosotros, que me miráis, alejáis de mí, porque mi aliento exala un hedor envenenado. Nadie ha visto aún las arrugas verdes de mi frente, ni los huesos de mi rostro escueto, semejantes á las aristas del mar, ó á las abruptas montañas alpestres, que amenudo recorrí, arando tenía sobre mi cabeza cabellos de otro color. Y, cuando merodeo alrededor de las habitaciones de los hombres, durante las noches

PROMETEO

tempestuosas, ardientes los ojos, los cabellos flagelados por el viento de los huracanes, aislado como una piedra en medio del camino, cubro mi faz marchita con un trozo de terciopelo, negro como el hollín: no es preciso que los ojos sean testigos de la fealdad que el Ser supremo, con una sonrisa de odio poderoso, puso sobre mí. Todas las mañanas, cuando el sol se levanta para los demás, esparciendo la alegría y el calor en la naturaleza, mientras ninguna de mis facciones se altera, mirando fijamente el espacio lleno de tinieblas, agazapado en el fondo de mi caverna predilecta, con una desesperación que me embriaga como el vino, lacero con mis manos potentes mi pecho ensangrentado. ¡Y sin embargo siento que no tengo la rabia! ¡Y sin embargo siento que no soy el único que sufre! ¡Y sin embargo siento que respiro! Como un condenado que ensaya sus músculos, reflexionando sobre su destino, y que pronto va á subir al cadalso, de pie, sobre mi cama de paja, cerrados los ojos, vuelvo lentamente mi cuello de derecha á izquierda, de izquierda á derecha, durante horas enteras; y no caigo muerto. Algunas veces, cuando mi cuello no puedo continuar girando en el mismo sentido, y se detiene, para girar de nuevo en sentido opuesto, miro súbitamente el horizonte, á través de los raros intersticios dejados por los matorros que cierran la entrada: ¡y no veo nada! Nada... si no son los campos que danzan en torbellinos con los árboles y con las largas filas de pájaros que atraviesan el aire. Esto me enturbia la sangre y el cerebro... ¡Quién, sobre la cabeza, me da golpes con una barra de hierro, como un martillo que golpase el yunque!

(Ricardo Baeza traduxit.)



MUNDANA

POR CARLOS CALAMITA

Leonte tirano de los Filas-
cos á Pitágoras:—¿Qué arte ó
profesión cultivas?

Pitágoras:— Ninguna, soy
Filósofo.



ESTE diálogo interesante y ameno, curioso sobre todo por parte de Leonte, refiérelo Cicerón en sus *Tusculanas*, magistral libro, compendio de nimiedades y pequeñeces, brújula de desorientados, tesoro de novedades, archivo donde el tiempo á su paso no ha dejado huellas, cosa que no es de sentir, pues si es verdad que por este libro sabemos existió antiguamente una rama del trabajo humano cultivada por Pitágoras, la cual es la Filosofía que hacía á los hombres dignos de la palabra de los Reyes, amigos de pocas personas de ordinario,—cualidad soberana si se tiene en cuenta lo que un Rey es y lo que la amistad supone,—no es menos cierto que esa actividad carece de importancia en el siglo XX, para nosotros, espíritus evolutivos, almas conquistadoras y abiertas para todo lo que nos dignifique y ascienda en la escala del buen vivir, para la cual ya no puede dar

PROMETEO

peldaños la explotada y exhausta Filosofía, á cuyos pechos ubérrimos se han acercado durante muchas generaciones hombres y más hombres y á veces también algunas mujeres; que la mujer como el hombre ha contribuido á la marcha triunfal de la Humanidad sazónada con Filosofía. Que sabemos en otros tiempos vivir con ella, no era vivir, era gozar de la vida viendo como los demás vivían; goce supremo, secreto de privilegiados y talismán de unos pocos.

Hoy ya no hay filósofos. Y esto me parece toda una afirmación categórica que razonadamente desenvolveré.

Descansar, reposar, es derecho sacrosanto que las cosas adquieren. El correr de los días que la patina gradua cual sea el límite de su uso. Ahí tenéis la causa eficiente de las modas. La Filosofía pasó hace mucho tiempo; por eso he afirmado que de haberse perdido el libro de Cicerón el mundo hoy impávido seguiría su ruta.

El vagar ha sido de siempre y cuando en las páginas de *la maestra de la vida*, no se hallan fuentes, los discípulos aprovechados constituyen pozos artesianos de donde surja materia elemental y vivificadora.

*
**

—¿Y qué haces?—He preguntado á un mi amigo, compañero antaño de correrías, á quien saludo después de mucho tiempo de separación.

—Nada, chico. Me dedico á la política.

Ni él es Pitágoras, ni yo soy Leonte, mas según el encomio que al igual del Filósofo, hace mi amigo de la política; bien se puede asegurar que una y otra ciencia tienen la misma importancia. Y atraído por el oropel de la ocupación á punto estuve de pedir que me recomendase á tal señora, su ama; mas pensando que exigirían méritos, callé y le dije adiós.

Cicerón y el cronista, perdonad la inmodestia, son dos bienhechores de la Humanidad, cuando ambos hemos dado á conocer un ministerio, mejor dicho, dos: La Política y la Filosofía, en donde según expresa declaración de sus cultivadores, la cabeza, los pies y las manos no juegan papel principal en el desarrollo de la actividad.

¿Qué se requiere para ser filósofo ó político? Declaro mi incompetencia en este punto. Mi atisbo no llega á las reconditeces y misterios de los hombres laboriosos. Observo y no comprendo.

La juventud que surge orientada y con alientos es la que llegará. Esta generación de ahora sonriente y apacible es simpática, ha templado sus impetus y se agosta en aras de una grande idea ó se doblega resignada frente al porvenir sin que sus devaneos casquivanos sean temibles.

Hoy, el joven filósofo, raro ejemplar porque la Filosofía está en desuso, es la unidad de los jóvenes; siendo sus variantes, el joven sociólogo, el joven economista, el joven policía y el joven político, que es el último joven salido de la hornada, el «dernier cri» de la vida, ó para mejor entender la vida á el «dernier cri».

Y se estudia en las Bibliotecas á Blunschli y á Laveleye, á Spencer y Thibergien, á Lombroso y á Garófalo, á Ricardo y á Malthus, punto medio este último que decide á seguir leyendo ó á sentarse en derredor de la mesa del banquete de la vida que tal es el centro de la actividad moderna.

Y es en el gran maremagnum de lecturas donde se aprende á trabajar y los hombres se forman. Se lee mucho y todo es bueno. De mano en mano pasa un volumen de Hippias el Sofista titulado *El Troyano*, en el que se refiere una conversación de Nestor y Neoptolomeo en que aquel dá consejos á éste, sobre la ma-

PROMETEO

nera de vivir honradamente y lograr importancia en la Sociedad. La influencia de la lectura bien está á la vista.

Teniendo ahí explicada la atracción modernísima de la juventud á esos polos. El no hacer nada, llama mucho la atención; pero aún es más atractivo, el adquirir importancia, el hacerse indispensable en la Sociedad, en esta Sociedad de lectores, donde el interés de lo que se lee arrastra á veces y ciegos nos hace juguetes de la Filosofía, de la Sociología, de la Política; ciencias prácticas que nos demuestran que el porvenir está de su lado y nos lo dicen por frescos labios de mujer sencilla, cual debió de ser la nodriza de D'Alemberts que decía: «Un filósofo es un hombre que se atormenta toda la vida para que hablen de él después de su muerte...» De D'Alemberts, tuvo ella la culpa... Parodiando yo esa idea, diré, que los políticos son hombres que se desviven por pasarlo bien en la tierra sin importarles gran cosa la posteridad... Aquí del eclecticismo.

De otra parte, la Filosofía no es ninguna ocupación, lo dice Pitágoras. Los políticos no hacen nada, esto cualquiera os lo asegura. Y los escritores, mejor los que escribimos de cualquier cosa hacemos un artículo.

¡Está bueno el mundo!



Política.

POR JAVIER GOMEZ DE LA SERNA

DON CARLOS

CABA de esfumarse en la nada la figura más siniestra de la España contemporánea, figura que por sí sola explica todas nuestras vergüenzas, ruinas, desastres y atrasos.

Salvemos previamente cuantos respetos merece un muerto y todas las consideraciones que siempre rendimos al dolor de la familia; descansen en paz los mortales restos, y descubrámonos ante el vivo dolor de los huérfanos y de la viuda.

Queremos juzgar exclusivamente una figura política, figura simbólica, personalidad pública, algo abstracto, independiente y separado del hombre íntimo.

Ni aún nos ocuparemos de las repugnantes franquichelas con bailarinas que llenaron durante años las columnas de la prensa europea, ni de otros sucesos íntimos de índole parecida que también alcanzaron publicidad, haciendo del eterno pretendiente una figura repulsiva para sus mismos partidarios. Desvanezca el Jordán de la muerte esas manchas, tanto más cuanto que para nuestra tésis, aun siendo un santo el que

PROMETEO

enloquecido por el error y por el fanatismo ensangrentara, incendiara y arruinara su país, merecería las eternas execraciones de la historia. ¿Qué nos importa que sean Nerón ó Santo Domingo los que crean bueno quemar hombres? Inquisidor ó Emperador resultan hoy verdugos y asesinos ante la posteridad imparcial.

D. Carlos, como sus antecesores en el carlismo, desde que la aciaga sucesión de Fernando VII dió imbécil pretexto á la espantosa guerra civil (encendida varias veces durante el siglo último y que nos ha puesto en el postrer trance de la vida internacional), era el paladín de la frailocracia; la frailocracia le dió dinero, y por ende hombres y armas, para destrozar su patria y poder de tal modo continuar dominándola y explotándola. D. Carlos se prestó á ese papel de Caín fratricida, y enemigo de toda legalidad, oculto como los foragidos en las breñas de los montes, con sus partidas armadas de trabucos, cayó sobre pueblos indefensos para saquearlos, incendiarios, degollar á sus habitantes, violar á sus mujeres. Monstruos que vestían hábitos de sacerdotes del piadoso Jesús, asesinaban hombres y mujeres con sus trabucos. Aquéllos rifeños blancos hicieron inhabitable España, espantaron todo comercio y toda industria; los fondos públicos bajaron por ellos hasta la bancarrota, los Presupuestos sufrieron cargas de las que no podrán réaccionar en todo el siglo XX; ellos originaron la pérdida de nuestras Américas...

¿Cómo no respirar con satisfacción cuando desaparece de la escena del mundo el siniestro causante de nuestras desdichas, el impenitente Caín, aunque le reemplace un hijo y le sobrevivan los malos espíritus que surtieron de dinero y hombres á los que ensangrentaron el seno de la madre común?

También respiraba Roma cuando moría un Calígula aunque le sucediera otro Emperador, que pudiese superarle en crueldad; siempre alienta la esperanza de

mejorar en el cambio. Siempre hay una distancia enorme entre el que hizo el mal y el que puede hacerlo; entre el que vivió escuchando las maldiciones de tres generaciones de madres de asesinados, y el que puede arrepentirse de la trayectoria roja de sus antepasados.

Y puede afirmarse que la guerra civil fué permanente mientras vivió D. Carlos, acechaba ó no con el trabuco desde sus montañosas guaridas. No era posible avanzar un paso sin la amenaza de la guerra; aún no han pasado muchos días desde que Maura, heraldo del carlismo, amenazaba á los liberales con la guerra civil si insistían en aprobar una tímida ley de asociaciones que cometía el enorme pecado de querer que los frailes vivieran dentro de la legalidad. Y hemos subsistido bajo esa latente amenaza cuantos ansiamos incorporar España á Europa.

¿Pensábamos en reformar la Constitución para establecer la libertad absoluta de conciencia, eso que ya no se discute más que en España? ¡La guerra civil! ¿Queríamos que los frailes, como todos los demás ciudadanos nacionales y extranjeros estuvieran sujetos al derecho? ¡La guerra civil! ¿Pretendíamos la reforma del absurdo Concordato para que el Poder civil recogiera los atributos de su imprescriptible soberanía que unos cuantos españoles fanáticos hasta la abyección pusieron á los piés de un extranjero? ¡La guerra civil! ¿Aspiramos á que la ciencia recobre sus fueros de libérrima investigación, en el seno de una enseñanza totalmente laica, y ajena á toda superstición? ¡La guerra civil! ¿Hablamos de devolver al pueblo la exclusiva potestad de darse el Gobierno que quiera? ¡La guerra civil! ¡Siempre la guerra civil!

Estamos condenados al *statu quo*, como el imperio marroquí, ó á temer los catastróficos horrores de Barcelona con el incendio de 50 iglesias en dos días y el aventamiento de las cenizas de todo muerto con hábitos.

PROMETEO

O la esclavitud infame ó la revolución anárquica con todos sus paroxismos.

El demonio de la reacción, levantando sobre nosotros el puño del *carlismo*, nos sonríe sarcásticamente y parece decirnos con intolerable reto: «Atreveos. Os escupimos al rostro, metemos las manos en vuestros bolsillos, contamos con la fuerza; no tenéis otro remedio que someteros, ó saltarnos con dinamita. Ya sabemos que por temor á que naufrague la nave en que vamos todos juntos, nos seguiréis tolerando. Explotamos vuestro miedo»...

Así hemos vivido, aunque parezca increíble, durante más de setenta años. Así seguiremos si la fraileocracia encuentra un heredero á D. Carlos, si D. Jaime no siente frío en los huesos leyendo nuestra espantosa historia del siglo XIX, si el liberalismo no se apresta á la lucha y al triunfo con decisión, porque esto sólo bastaría para que esas sombras malditas del pasado se desvanecieran definitivamente, y para que la muerte de *D. Carlos* fuese la muerte del *carlismo*.

Requiere una obra colosal de propaganda y pedagógica, incesante, animosa, fertilizadora. Si el temor de la guerra civil desaparece, podremos caminar más desembarazadamente por las tinieblas que aún nos rodean. Y ese temor desaparecerá cuando lo quiera la voluntad; el miedo es un fantasma sin realidad; mirado de frente se desvanece; es una de esas cosas que sólo se ven *con los ojos cerrados*.

Para los pusilánimes, que son legión, la desaparición de D. Carlos equivale á una aurora, aunque esa aurora con los provocados sucesos de Melilla, aparezca hoy roja. ¡Con cuánta injusticia se habló también de auroras cuando desapareció aquella fugaz república del 73! Los reaccionarios, los carlistas con uniforme y los disfrazados aborrecen aquel año y lo consideran como el más nefasto de España, con ser el año en que se forja-

ron todas las leyes democráticas de cuyo jugo vivieron y viven aún la restauración y la España del siglo XX. En cambio, todo un siglo desgarrando las entrañas de la patria, no ha conseguido que caiga sobre los carlistas maldición tan terrible de esos lábios clericales, que sólo tienen benevolencias y atracciones para tales verdugos. ¡Parangonar un solo año con sesenta de guerras civiles ó amagos de ella, que han llevado á la masa al idiotismo y la inercia!

¿Quién hasta ahora, por el nefasto influjo de esa guerra latente, quiso aventurar en terreno tan volcánico capitales ni industrias grandes? Así es que sólo sociedades de extranjeros, contando con el amparo para nosotros bochornoso, de sus banderas, se apoderaron de los más pingües negocios, haciéndonos su colonia económica. ¿Qué más? El mismo Maura denunciaba en el Congreso, antes de ser Jefe de un partido, que muchos armadores españoles tenían matriculadas sus flotas en países extranjeros, hecho fatal que en vez de ser remediados por el mismo Maura hoy gobernante ha sido agrandado, entregando á los ingleses la escuadra y los arsenales del Estado. Y así, bajo cualquier aspecto que se mire y considere el influjo horrendo del fantasma carlista, sólo encontraremos motivos de aborrecimiento y repulsión para esa pesadilla de la vieja España negra.

No podemos afirmar que nos hayamos librado ya de él, aunque otros respiren gozosos considerando que acaba de ser enterrado en Austria. No cantemos aún victoria, aunque el golpe de ahora haya sido mortal. La cantera del carlismo son los conventos, y hoy forman legión en España gracias á los viejos resortes, que dan aún resultado, de infiernos y purgatorios manejados hábilmente á la cabecera de idiotas moribundos que desheredan á sus familias y olvidan las grandes necesidades nacionales de su país, por asegurarse,

PROMETEO

después de una vida de lujurias y glotonismos en la tierra, otra vida parecida en otras regiones fantásticas, fantásticas como las pintan esos atrapadores de herencias, que hacen creer que se puede sobornar á Dios como se soborna y engaña á los hombres. A última hora, y con la entrega á los frailes de fortunas, casi siempre mal adquiridas, creen muchos imbéciles que seguirán gozando en las regiones celestes lo que gozaron en el bajo mundo... ¡Burda concepción de una justicia divina, que rechaza la mente de un hombre medianamente honrado y que se supone que es la de un Dios recto! Pero mientras la estolidez humana no comprenda todo esto en España, dudosa es nuestra redención. Mas esperamos de un rasgo de D. Jaime, si no se falsificaron muchas de las declaraciones puestas anteriormente en sus labios; mucho esperamos de la juventud educada ya en otros libros y atmósferas; pero más esperamos de las torpezas reaccionarias que van colmando la medida de todas las resignaciones nacionales.

Entre tanto contentémonos señalando con piedra blanca la desaparición del perturbador constante, con el que desaparece también hasta la aborrecible denominación de *carlista* ¡Equivaldrá á ella la de *jaimista*! Es prematuro por lo menos cuanto se diga. ¡Resucitará D. Jaime la sangrienta leyenda de sus antepasados, abriendo un nuevo período de ruinas y vergüenzas para su patria! ¡Quién sabe si preferirá el papel de redentor de toda esa historia negra de su familia, poniendo su espada al servicio de España después de haber aceptado la herencia para evitar que otro emulara las tristes glorias de los muertos Caines!

Estamos ante una incógnita, cuando cae la última paletada de tierra sobre la tumba del que la abrió para tantos millares de infelices españoles.

MARRUECOS

Sólo faltaba la *pinclada roja* en la funestísima personalidad política del Sr. Maura; y ya con creces la contemplan espantados los españoles.

Es bien triste, pero no es la primera; cuando se estrenó como Ministro, en el departamento de Ultramar, desató las pasiones cubanas con otra reforma de Administración local, que con su fracaso engendró la guerra que acabó con todo nuestro poderío colonial. Los militares que hicieron aquella nefasta campaña, recordarán cómo en la manigua maldecían sus lábios al Ministro de las reformas fracasadas, causante de tantas desventuras.

Hoy, después de unas elecciones tan fulleras que los nombres de Maura y La Cierva han dejado en la sombra los de los más famosos *electoreros*, logrando que se recuerde para las actuales Cortes la famosa frase de Sagasta: «antes deshonradas que nacidas»; después de nuestro fracaso económico á que la ignorancia financiera de Maura tomando á Osma por oráculo dió lugar; después de los negocios de la hidráulica Santillana, latas, Vickers y Trasatlántica, que enrareciendo la atmósfera moral dieron origen á las formidables manifestaciones populares en toda España... viene lo del Rif...

No hemos de hablar de la guerra, ni contra la guerra, debilitando el espíritu nacional en los momentos en que se ventila, por imprudencias incalificables que producirán mañana tremendas responsabilidades y sanciones, el honor de España. Nuestro ejército procede heroicamente y obra con el íntimo aplauso del país. Toda Europa se interesa apasionadamente por nuestro

PROMETEO

triunfo, dado . . . ventila el prestigio de la raza europea en Africa. Nos ayudarían si lo necesitásemos, que no lo necesitamos. Pero bien haría el gobierno buscando al conflicto rápida y gallarda solución, evitando nuevas derivaciones tan horrendas como las de Barcelona.

Prodúcenos escalofríos imaginar los discursos de Maura y de los neos, si en período liberal se hubieran incendiado 50 iglesias; todas las gamas de la rabia teatral, de la indignación, del desprecio, de los anatemas, con golpes estentóreos sobre los pupitres, hubieran ensordecido al país, anonadándonos; porque ese orador, á quien Dios ha negado todas las condiciones de *estadista* hubiese pedido que cayéramos en el acto del Gobierno, por ineptos, por conculcadores de los sentimientos religiosos más arraigados del país, esos famosos *sentimientos* que los fariseos, los católicos de *doublé*, malos ó hipócritas, saben explotar tan bien.

Pero ¡han callado! Y ese silencio de ahora probará al país que les importa muy poco de la Religión ni de las 50 iglesias incendiadas. No sirviendo de pretexto para combatir á los liberales, el hecho *en sí*, les ha sido indiferente. ¡Verán ahora claro los ciegos! Nunca se ha mostrado la comedia con más evidencia.

Los verdaderos católicos habrían derribado á este Gobierno como á otro cualquiera que por su ineptitud hubiese dado lugar á que se profanasen tantos altares y violasen tantas sepulturas. Pero callan, callan ahora porque mandan los conservadores, los fariseos; callan ante los cadáveres con hábitos, arrastrados por las calles, ante las hostias y los cálices hollados....

Olvidemos tantas miserias, ya que el país no acaba de discernir la repugnante farsa; lo que no admite espera, por lo agudo del mal, es la terminación de la aventura de Melilla; ya habíamos indicado que la menor imprudencia daría origen á la guerra, y *la impru-*

dencia se cometió. Hoy, ante los males sin cuento que nos amenazan, todos comprenden que es preciso concluir pronto, aunque con honra; esto último lo exigimos unánimemente.

Entre tanto la guerra es necesaria, es indiscutible, es sagrada, es patriótica; no la ponemos en tela de juicio. El honor de España es patrimonio de todos, y todos la defenderemos dentro y fuera. Olvidemos al Gobierno nefasto que provocó el conflicto; mañana lo castigaremos. Pensemos tan sólo en salir inmaculados del lance.

Después... después tendremos que ajustar todas las cuentas, incluso la última que ha hecho caer sobre España otro bochorno ante Europa: los castigos infligidos á un príncipe por haber matrimoniado con una dama protestante. Esto ya es el colmo del ridículo. El mismo Papa consiente en tales bodas, y los neos españoles, *más papistas que el Papa*, realizan lo que ya es inconcebible en todo el mundo civilizado. Estamos rodando peldaños y más peldaños...

Dejan arder 50 iglesias católicas, porque ellos son los culpables, y escandalizan á Europa con hipócritas gazmoñerías, por la honrada boda de un caballero.

¡Hasta cuando!...



LIBROS

Rerum: Libro sentimental, desalentado y perverso, escrito por Luis G. Huertos.

Un joven literato almeriense, que ha entrado con aire de triunfo en el campo de la literatura, es el autor de esta obra, que encierra grandes aciertos y es nuncio feliz de nuevas producciones dignas hermanas suyas.

Consta el lindo volúmen de tres novelas cortas, en todas las cuales bulle retozona y fresca la musa juvenil bajo un estilo jugoso y suelto que hace por demás agradable la lectura. La primera de las tres novelitas, FLORESCENCIA, *historia perversa*, es muy superior á las restantes: su asunto escabroso está hábilmente trazado, y revela en Luis Huertos un psicólogo excepcional con grandes dotes para la novela realista, hoy tan en boga, y en la que ya demostró sus aptitudes con *Hampa*, su obra anterior.

El éxito brillante de *Rerum* será consolidado en plazo breve con la publicación de un nuevo libro en el que Luis Huertos nos hará, de fijo, una deleitosa ofrenda de Arte.—A. M. O.

*

La vida loca, por Carlos Fernández Saw.

Oreada de brisas, sin cribar por la Ciudad, la poesía de este hombre parece haber sido percibida en las

afueras, alejada de este ambiente adulterado y nocivo, dañado de neurastenia.

Por esto sus mejores poesías son las que cantan á Andalucía, á la sierra y á los tomillares, es decir, á ese panal que es la vida rústica. Lo bucólico es lo que mejor siente este vigoroso poeta digno de ser señor de los montes y de las auroras.

También hay en él un sentimentalismo sano, serio, que llora las desgracias de su hogar, con una profunda tristeza que nos une al duelo á todos sus lectores. En este libro hay como nota capital un subjetivismo amplio, extraño en este poeta, más que nada objetivizador y contemplativo.



La cuestión de las cuestiones, por D. Baldomero Villegas.

Hemos recibido y leído con gusto el último trabajo de este estudiosísimo cervantólogo, escrito con la erudición y el entusiasmo que pone en su ya antigua labor de restaurar en todo su íntimo valor y pensamiento la inmortal novela de nuestro maestro sublime.

Como Cervantes mismo, Villegas siente pena y enfado ante los que miran tan solo la superficie de la obra del gran pensador nacional; ante los que solo se deleitan con las historias y relatos, literalmente entendidos. Desea ardientemente que se medite algo más al leer, penetrando en el interno espíritu, en el sentido oculto que encierra el libro, y que puede ser como una mina, manantial de oro purísimo, consistente en profundas enseñanzas para la vida y para la patria.

Es tan noble su deseo, que aun suponiendo que exa-

PROMETEO

gere (nunca que se equivoque), merece un caluroso aplauso. ¿Por qué no emprende él mismo la obra penosa del número, y pone de manifiesto, lo que sólo deja entrever como ejemplo? Sería el mejor castigo para los varios críticos.

✱

Madrigales, por J. M. Marín-Baldo.

He aquí un libro original. No voy á ver si el título está bien ó mal puesto—en la época de los *sonetos* de trece versos y de los *cuentos* (1) semanales todo se permite en materia de títulos.—Verdad es que por madrigal se entiende generalmente un pensamiento delicado dicho de manera armoniosa y breve; pero ya se sabe cuan deficientes son las definiciones para querer ajustar el libro actual á una de ellas.

Prescindiendo de esto pásese á ver si la obra es ó no digna de mención, es decir, si es original ó no.

Leyéndola toda, se ha de admitir que lo es, por lo menos atendiendo á la factura, pues el autor hace unas combinaciones de metros y ritmos enteramente nuevos.

Se vé cómo alternan tercetos de ocho y diez sílabas con el interés de hacer los finales agudos y rimando entre sí. Esto es nuevo, y aunque verdaderamente en la era revolucionaria por la cual atraviesa la poesía, no sea esta novedad muy importante, es lo cierto que si el autor no se hubiese dejado preocupar tanto de la forma y hubiese hecho algo de más alma con la factura puesta en «Génesis», verdaderamente habría resultado un trabajo admirable por completo.

Más musical y acabada resulta la composición LX «Botones», y alguna otra.

Tengo la evidencia de que este libro ha sido hecho por hacer; es decir, no por formar un volumen con las obras que en momentos de excesiva sensibilidad de alma se producen al impulso de alguna emoción, no; este libro es como el resultado de una tarea que su autor se impuso, bien para convencerse á sí mismo de que era capaz de escribir lo que quisiera, ó bien para adiestrarse en el manejo de la métrica y poder luego hacer una labor definitiva.

Tan cierto estoy de esto último, que yo espero ansiosamente ver publicada otra obra del Sr. Marín-Baldo por ver si me confirma en mis creencias.

Mientras tanto considérese á «Madrigales» como una hermosa promesa de mejores frutos, que sirva para la consagración de un artista.—F.

✱

Luna Benamor, por V. Blasco Ibáñez.

Apenas disipado el rumor de epinicio que suscitó *Los muertos mandan*, el insigne Blasco Ibáñez acaba de darnos otro libro nuevo, cálido y tremante de vida, como todos los suyos.

Luna Benamor, novela breve que publicó el maestro en la importante revista bonaerense *Caras y Caretas* es, ante todo, un lienzo manchado larga y vigorosamente, un fondo luminoso rizado por la inquietud de un pueblo cosmopolita. En *Los muertos mandan*, Blasco, por encima de la trascendencia filosófica que inculcó á su obra dió á conocer á los españoles un trozo español, las Baleares, que ningún peninsular conoce sino muy ligeramente, al través de las prosas de Oliver y los lienzos del incomparable Mir. El libro de

PROMETEO

Blasco Ibáñez fué un grito y un reproche, una mirada de poeta que va alumbrando con su lírica claridad media España. Ahora. *Luna Benamor* nos habla de ese cacho Gibraltareño que Inglaterra nos quitó en fecha no remota y que nos es igualmente desconocido.

Policromo, temblador, cálido, es uno de los mejores libros del autor de *La barraca*. A *Luna Benamor* sucede una serie de cuentos concisos como agua fuertes. *La rabia*, *El lujo* y varios más testifican que la pluma briosa de Blasco Ibáñez ha de darnos aún páginas opimas. Aunque volúmenes y revistas se amontonen frente á nuestra mesa de trabajo, no queremos ahogar nuestro entusiasmo, un poco tardío, pero efusivo y vibrante ante esta *Luna Benamor* digna hermana de la Leonor de *Entre naranjos*.



España en América.—La Casa Editorial de Sempere y Compañía (Valencia) que tan eficazmente está contribuyendo á la consolidación intelectual de España, ha publicado un voluminoso tomo en 4.º del ilustre catedrático de la Universidad de Oviedo D. Rafael Altamira.

Premura de tiempo y lugar nos impiden estudiar convenientemente libro de tanta seriedad y valimiento como *España en América*. Altamira es uno de nuestros pensadores más prestigiosos, inspirado en un riguroso espíritu patriótico. En su libro estudia concienzudamente la constitución, influencias y rumbos de los países hispano-americano, y el estado político y social de nuestra España de hoy. La infatigable

Casa Sempere y Compañía, con oportunidad loable, ha editado este libro notabilísimo y complejo en los precisos instantes en que Altamira desembarca en el Nuevo Mundo, prolongando sus esfuerzos en pro de la cultura, que tantos y generosos le está costando llevar adelante.

✱

El teatro asturiano.—Conferencia leída por José Francés, la noche del 14 Junio último.

Enumerar los méritos literarios de Francés, sería trabajo entretenido y gozoso en el que nos atajarían inmediatamente los profesionales. Francés, es uno de los jóvenes más dueños de sí mismos que sabe avanzar derechamente por el camino del renombre donde tantos otros ensayan toda suerte de funambuleries.

El teatro asturiano es un folleto interesantísimo escrito en la prosa más serena, y olorosa que ha podido construir el autor de *El alma viajera* y *Miedo*. Casi improvisado con ocasión del viaje del actor Pedro Granda á América, es un acabado estudio de lo que constituye y puede constituir en lo sucesivo el teatro de Asturias. Páginas de erudito y de poeta hay en este pequeño volúmen que ejercen aquella extraña sugestión peculiar á los grandes temperamentos.

El teatro asturiano, conferencia, remata por ahora la extraordinaria é inteligente labor que en el cuento, en la novela, en la crítica y en la escena viene realizando José Francés, con permiso de *Fantasio* y *Gustavo*, el distinguido malhumorado de *España Nueva*.

Las hojas verdes y Elegías puras, dos libros admirables del admirable Juan R. Jiménez, *por Tristán.*

El poeta Juan Ramón vive de ese silencio comprensor, dilatado y vasto y de esa vida profunda y de esa bondad invisible, que ha barruntado Mœterlink. Pero él lo sabe TODO con más ingenuidad y con más certeza. Lo domina sin dificultad, más naturalmente.

Le veo deificado por su susceptibilidad y por eso que en él llaman neurastenia y que no es más que el tremar excepcional de su nerviosidad *eolia*.

Se asemeja á Ruysbroeck sobrepasándole, claro está, en cordura, en humanidad y en concisión.

En él se nota purificada, lene, ideal, una sensualidad moderna, serena, limpia de cristianismo y de *chaucismo*, íntima, justificada metafísica y materialmente.

Juan Ramón, es el más grande poeta español, el más sincero y el que tiene un halo más formidable, cuando le evocamos en lo hondo.

Es sugestivo ver como la naturaleza, las flores y las cosas, sufren su acceso espiritual y se animan y se sacuden y dejan de ser estúpidas bajo su genio.

El mundo, que según dicen, tiene forma esférica invocado bajo la impresión de Juan Ramón adquiere su figura humana, y se le hace consanguíneo porque él lo llena.

Hay una cosa extraña y hermética en él, el empleo de ciertos adjetivos carnales, vibrantes, *mamíferos*, á propósito de las cosas y de los paisajes—así las conmueve y las dota de sí mismo—y el empleo á la vez de adjetivos y sustantivos dilatados, objetivos, cosmogónicos, étnicos, y enormes á propósito de sí mismo—así ensancha su torax, y lo magnifica con el ensalmo de los ocasos y la argentería de las noches de luna, y

todos los verdes, los verdes verdes, de los campos y los azulosos de los mares...

En sus dos últimos libros hay cosas entrañables y extremadas.

Digámoslas:

TARDE AZUL Y FRÍA

Me abandona la luz, y estoy llorando...
 ¡Qué pondrá fin á esta melancolía
 de un día y otro día?
 Primavera, vendrás, ¡y cómo, y cuándo?

Sobre esta sombra azul, en la belleza
 de oro de la tarde dolorosa,
 canta un vuelo de pájaros de rosa
 estribillos de sueño y de tristeza...

Tengo un retrato de mujer querida,
 un libro de Samain, y algunas flores
 que envuelven en fragancias y en colores
 este romanticismo de mi vida...

el recuerdo nostálgico y eterno
 de una blancura en flor que ya no existe;
 un esplendor de primavera triste
 entre las vaguedades del invierno...

Mi corazón camina, sollozando,
 por un sendero pálido y divino...
 ¡soy un rosa ó un malva vespertino!
 ...me abandona la luz, y estoy llorando...

LAMENTO DE PRIMAVERA

¡Corazón mío,
 pálida flor,

PROMETEO

jardín sin nadie,
campo sin sol,
cuánto has latido
sin ton ni son
tú que estás hecho
para el amor!

¡Oh, sordo! ¡oh, ciego!
¡oh, mudo! Yo
te daba opio,
te daba bro-
muro, té, método,
libro y reloj...
¡y estabas hecho
para el amor!

La primavera
te engalanó,
oíste la música
del ruiseñor...
pensaste: el metro,
la inspiración...
¡Y estabas hecho
para el amor!

¡Bien has cantado
lo sabe Dios!
Agua en el agua
flor en la flor,
luna en luna,
son en el son...
¡Y estabas hecho
para el amor!

Y aquellos labios
aquella voz,

y aquellos ojos...
 la rosa, el sol,
 y aquel encanto
 se te murió...
 ¡Y estabas hecho
 para el amor!

¡Desdeña el opio,
 desdeña bro-
 muro, té, método;
 libro y reloj;
 florece, ríe,
 sé de pasión,
 que tú estás hecho
 para el amor!

Dios se levantaría de su solio para dejárselo á Juan Ramón por haber amado más que él...

¡Habrá quien compute su amor y su visión de la felicidad, de la ternura y de lo superior!...

Pero á qué continuar. Divago y se deshacen mis divagaciones. Son inconsistentes. He debido comenzar por donde voy á concluir, y así no me hubiera embarrancado tanto en mis balbuceos.

ELLA, la ideal, la mujer que quiero más entre todas las mujeres, sentimental y admirable, después de leer los dos últimos libros de Juan Ramón—en uno de cuyos rincones escondió un ramito de heliotropo—bendijo conmovida sus canciones...

¡No es bastante eso!

Yo creo entusiasmado que basta.

Que es toda una apoteosis y una glorificación.

✱

Dos palabras sobre dos libros del Dr. Villalain. (El Americanin de Romadorio).

Es un poco paradógico hablar de un libro exclusivamente científico como «El estado mental de los pelagrosos» á la vez que de otro libro exclusivamente literario como «La madre tierra», sin embargo sólo en esta crítica sin método, está explicado eso, dado que sólo trato de completar una figura que dedicada á la medicina y especulando en ella, es á la vez la de un literatoregional, asturiano, que ha entendido su tierra muy artística y conmovedoramente.

Sin elocuencia, sólo aplaudiendo termino esta crítica somerísima por falta de espacio.



PROMETEO

REVISTA MENSUAL

SOCIAL Y LITERARIA

DIRECTOR: JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

Redacción y Administración:

Puebla, II, primero derecha.

HORAS: DE 11 Á 1

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA Y PORTUGAL

Un año.....	12 pesetas.
Seis meses.....	6 —

EXTRANJERO

Un año.....	15 francos.
Seis meses.....	8 —

NÚMERO SUELTO: UNA PESETA

TARIFAS DE ANUNCIOS EN LA ADMINISTRACIÓN

